

LEYENDAS DE ORIENTE



COLECCION ARALUCE





CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Na... *890.5f*
**LEYENDAS
DE ORIENTE**

RELATADAS A LOS NIÑOS

POR

MARIA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

RENÉ

SEGUNDA EDICIÓN



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA



LIBRO DE
ORIENTE

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

INDICE

	Págs.
I. La bella Zita	7
II. Savitri, la fiel	43
III. De zapatero a rey	68
IV. La cacerola mágica	140

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Yama, el genio de la muerte *Frontis*

	Págs.
...se transformó en un dragón de fuego	25
...el cielo ha escuchado tu plegaria	44
—Son inútiles tus súplicas	58
...arrojó al rey en medio del gran charco	82
—Ten cuidado no vayas a pagar... ..	116
—¡Infeliz de mí! ¡Me arrastra, me lleva!	132
...y dispón del ejército de la montaña	138
...la diosa Durga, con la cacerola... ..	142

LEYENDAS DE ORIENTE

I

LA BELLA ZITA

EN la corte de un gran monarca de Asia, crecía Zita, la doncella más hermosa y gentil, la que era orgullo de los vasallos y los magnates, envidia de las mujeres y amor de su nación. De ella se decía que naciera del surco de la tierra y que los astros en noche de plenilunio le habían sonreído, mientras las aves y las plantas de la selva le decían:

—Tú, ¡oh Zita! serás la mujer más bella a quien el aire haya acariciado jamás la tez; te casarás con el hombre más valiente que jamás haya luchado sobre la tierra y el más grande poeta del mundo cantará tu belleza y tus aventuras. Tu reinado no tendrá fin, pues serás

madre de gloriosa progenie que dará nombre a la Historia.

Cuando llegó el momento en que Zita hubo de elegir esposo, el rey su padre hizo anunciar a las gentes del país que nadie podría aspirar a casarse con aquella belleza única en el mundo, si no era capaz de abrazar y mover el gran arco de plata del Numen, de portentosa fama.

En un reino vecino, cuyo monarca era el anciano y glorioso Dasarata, había tres príncipes a cual más valeroso. Uno de ellos era Rama, el preferido de su padre, quien había prometido no separarse jamás de él. Un día, sin embargo, presentóse ante el monarca el gran sacerdote y le habló de este modo:

—Fieros enemigos sobrenaturales, monstruos inhumanos que turban noche y día nuestra paz, infestan nuestro reino; para dispersarlos y librarnos de ellos, es preciso que nos des a tu hijo Rama.

El padre, que, como queda dicho, amaba a Rama sobre todas las cosas, se apenó profundamente y dijo al gran sacerdote:

—Yo iré en persona, seguido de todo mi

ejército, a pelear contra los monstruos que nos amenazan, pero deja que permanezca en la seguridad de palacio mi hijo Rama, única esperanza de nuestros súbditos y, por otra parte, demasiado joven para emprender aventuras tan arriesgadas.

Mas el sacerdote repitió por tres veces su ruego; el anciano monarca dobló la cabeza prometiendo lo que se le pedía y el joven Rama, hermoso como un semidiós, modesto y valeroso a un tiempo, se dirigió a la frontera, seguido de su pueblo, amoroso y aterrorizado.

Y al otro lado de la frontera, le aguardaban los monstruos sobrenaturales de que el sacerdote había hablado. Y dicen las leyendas del país que apenas Rama se acercó a ellos, no pareció ya un débil jovenzuelo, sino un fuerte y enérgico campeón que dispersó a sus enemigos como el huracán a las hojas secas. Los que le habían seguido volvieron pies atrás y esparcieron la noticia por el mundo entero, y en la gran ciudad del Asia y en otras cien ciudades se prepararon fiestas y arcos de triunfo.

En la ciudad donde el padre de Zita era Rey, supiéronse también las gestas del jo-

vencillo valeroso, e, inmediatamente, una embajada fué a pedirle que diera una nueva prueba de valor: la de dominar con su fuerza un arco enorme que jamás había podido doblar nadie. De lograrlo, el premio sería la más hermosa de las doncellas.

Y Rama fué a la ciudad en que reinaba el padre de Zita, tomó entre sus manos la terrible arma, como si fuera la cosa más ligera del mundo, y la dobló a su gusto. Entonces Zita, la perla de Oriente, la admiración de todos los poetas y la envidia de todas las mujeres, le entregó su mano. Y acompañado de una multitud inmensa que celebraba sus victorias, y llevando de la mano a su hermosísima esposa, tornó Rama a la casa paterna.

El palacio de Dasarata brillaba en todo su esplendor; el poderoso monarca había preparado para los esposos una estancia magnífica, y recibiendo a Zita como a una hija más, la encomendó al cielo, para que la hiciese muy feliz.

Y así se unieron el guerrero más valiente y la mujer más hermosa, y vivieron contentos en su reino mientras la luna espléndida del

cielo sonreía a la hija de la tierra. Dasarata pensaba asociar a Rama a su gobierno, pero el destino no lo quiso así.

Dasarata estaba casado en segundas nupcias con una mujer noble, mas de poco talento; se dejaba llevar demasiado por las opiniones de unos y de otros, y muchas veces escuchaba con mayor atención las voces de la adulación que las de la prudencia. Cierta día estaba la madrastra de Rama en el lecho, cuando entró en la estancia su vieja camarera, una mujer jorobada, bizca, de nariz picuda y ojos de furia, que acercándose al lecho real dijo con el tono de quien anuncia una gran desgracia:

—¿Cómo puedes dormir tranquila, mientras el rey Dasarata prepara tu desgracia y la de tu hijo? ¿No sabes que tu esposo quiere poner a Rama, tu hijastro, por compañero suyo en el trono?

—Rama es como mi propio hijo—contestó la reina sonriendo tranquila—, es el predilecto del cielo y sus grandes cualidades harán la felicidad del reino. Tu noticia no me trae ninguna pena, sino que me llena de satisfac-

ción. En premio de ella, te regalo esta sortija.

Y quitándose del dedo un anillo que adornaba bellísima perla, lo puso en manos de la repugnante vieja. Esta, sin embargo, la rehusó con desdén y vociferó, todavía más alto:

—¿Es posible que una madre ame tan poco a su hijo verdadero que prefiera la fortuna para el hijo de otra mujer? ¡Desdichada reina a quien los cielos debieran castigar no haciéndola madre o arrebatándole su hijo! ¿Cómo en vez de colocar en el trono a Barata, su hijo, y de hundir a Rama que ya goza de todo el favor del soberano, puede una madre asistir tranquila y aun regalar sortijas a quien le anuncia la ruina de aquel a quien puso en el mundo?

Estas palabras llegaron al alma de la reina, que era en el fondo una buena mujer. Repuso, sin embargo, a la vieja camarera, que aun cuando ella quisiera persuadir al monarca de que abandonase a Rama por Barata, el anciano rey no querría escucharla siquiera. Entonces la vieja le habló así:

—¿Cómo tienes, oh reina, la fortuna en tus

manos y no la aprovechas? Yo recuerdo que en cierta ocasión, cuando tus cuidados arrancaron al rey Dasarata de las garras de la muerte, el monarca te abrazó diciéndote que cualquier cosa que en cualquier tiempo le pidieras, la obtendrías cumplidamente. Vístete de luto, preséntate ante él llorosa y afligida y pídele que te conceda una gracia. Pídele que expulse a Rama del reino y ponga en el trono a tu hijo Barata.

Todo un día con una noche luchó la reina entre su amor maternal y la razón que la impulsaba a ver en Rama el legítimo heredero y la legítima esperanza del reino. Mas al fin triunfaron en su alma los escrúpulos maternales y se presentó ante el rey vestida de luto, hégubre y llorosa; con los ojos llenos de pesar y los cabellos en desorden. Al verla así el anciano Dasarata, le preguntó con amor:

—¿Qué tienes, esposa mía? ¿Qué pena te aqueja y en qué puedo yo aliviarla?

Entonces la reina recordó a Dasarata su antigua promesa y le pidió una gracia. El monarca, lleno de júbilo ante aquel recuerdo, con

los ojos resplandecientes de gratitud y de alegría, respondió:

—Pide lo que quieras.

Y dijo la reina:

—Pues que has de poner en el trono, a tu lado, a uno de tus hijos, pido que éste sea Barata. Quiero también que destierres a Rama del reino, durante catorce años, a fin de que mi hijo pueda consolidarse en el poder.

En el primer momento el anciano monarca creyó que estaba soñando. Parecíale que un rayo había caído a sus pies. No podía salir de su estupor al ver a aquella reina tan buena mostrarse tan cruel con su hijo preferido; con lágrimas en los ojos y con palabras convincentes, rogóle que retirase aquella petición tan dolorosa como insensata y que le pidiera otra cosa. Pero la reina no se desdijo; a cada obyección del rey, le recordaba el solemne juramento que en ocasión de su enfermedad le había hecho.

Maldijo entonces el rey su desventura; paseó por el salón del trono rasgando sus vestidos, maltratando su rostro y destrozando cuando hallaba a su paso. La desesperación más

grande le oprimía al verse obligado a cometer tamaña injusticia con el amado de su corazón.

Mas su juramento le obligaba estrechamente. Puesto que la reina no retiraba su petición, érale preciso notificar a Rama la triste noticia, y expulsarle del reino.

Rama unía en su juventud el valor del guerrero y la sabiduría del filósofo. Escuchó tranquilamente las palabras de su padre y, en vez de afligirse, consoló al anciano; díjole que de buena gana emprendería el camino del destierro y con su amada visitaría las moradas de los viejos sabios que habitan en los lugares apartados de las multitudes.

—Catorce años — concluyó — no son una eternidad; al cabo de ellos tornaré. Te encontraré sano y feliz y viviré a tu lado hasta el término de nuestras vidas.

Zita estuvo en todo conforme con el modo de pensar de su esposo. Dispusiéronse a partir inmediatamente, y al saberlo el pueblo, se vistió de luto. Los habitantes de toda la comarca, regando con lágrimas el camino que pisaban, acompañaron a los desterrados hasta la frontera. Lasmano, el hermoso y leal

hermano de Rama, quiso seguirle y así lo hizo. Al despedirse de su pueblo, Rama dijo a los súbditos de su padre, que durante su ausencia, obedeciesen en todo a Barata, mientras él cumplía su misión obedeciendo la voluntad de los dioses.

Rama, Zita y Lasmano, atravesaron las intrincadas florestas de la India, buscando un lugar donde pasar los catorce años de su destierro. Los copudos árboles les dieron su sombra, las hierbas les sirvieron de lecho. Las flores se inclinaron a su paso y los pajarillos entonaron para ellos los más melodiosos de sus himnos.

En tanto, el anciano Dasarata, herido en lo más vivo de su corazón, no podía dormir ni descansar de día ni de noche. Consumíase de tristeza y no cesaba de gemir y lamentarse.

—Se ha cumplido mi destino—dijo cierto día—. Siendo yo joven y ágil, hallábame una tarde cazando en la floresta, cuando persiguiendo a un ciervo disparé mi arco y sentí en la fronda un gemido. Corrí, separé las ramas que ocultaban al herido y vi que involuntariamente había matado a un niño, oculto tras un

matorral. Al grito de la criatura acudieron sus padres y aun cuando contemplaron mi llanto, me hablaron así: «Un día sabrás lo que significa perder un hijo para un pobre viejo». Y ahora el destino se ha cumplido; he perdido a Rama y no puedo vivir sin él.

Pronunciadas estas palabras, reclinó la cabeza en la almohada y su alma grande y bella se alejó de la tierra para acercarse a la eterna luz. Se le hicieron al anciano grandes funerales. Barata, que era leal y noble, no quiso aceptar el trono; antes envió a Rama una embajada que le anunciara la muerte de su anciano padre, y el deseo de todo el pueblo y de Barata mismo, de que el desterrado se presentase a tomar posesión del trono.

—Rama, Zita y Lasmano habían instalado el campamento en uno de los grandes bosques de la India. Al saber la triste nueva lloraron afligidos la muerte del padre y del rey, mas el valeroso Rama no quiso aceptar la corona que se le ofrecía. Había jurado a su padre permanecer desterrado catorce años, y no faltaría a su juramento. Barata no quiso aceptar tampoco el reino sino como virrey, en espera

de que terminase el destierro de su hermano, y ordenó, por tanto, que no se hicieran en la comarca fiestas de ningún género.

Rama, en tanto, con su esposa y su hermano, visitaba los lugares apartados donde los sabios de la tierra se ocultaban apartándose del ruido de las multitudes. Y así enriqueció su mente con la sapiente doctrina filosófica y fué cada día más sabio y más fuerte. Uno de los filósofos a quienes visitó en su destierro, le mostró el bellissimo valle del Godavari, donde sin duda hallaría un precioso lugar para establecer sus reales. En efecto, era aquel un magnífico país; el valle se adornaba de espléndida vegetación; altas montañas lo preservaban de los fríos del invierno, y un delicioso río que de cuando en cuando formaba lagos encantadores, lo protegía contra los rigores del verano.

En un sitio magníficamente bello, el joven Lasmano, que era hombre de ingenio, formó una cómoda y graciosa cabaña que les defendiera de las fieras y alimañas del bosque. La bella Zita era allí feliz. En las horas templadas de la mañana, bañaba su hermosura en el

río, mientras el marido y el hermano recorrían las selvas, matando a las fieras y adornando con las más bellas pieles la morada de Zita.

Cierta día en que Rama y Lasmano descansaban ante la fresca cabaña, y Zita dentro preparaba la comida, acertó a pasar por aquel lugar una vieja de rostro espantoso, que empezó a burlarse de Rama y a insultar a su esposa. La joven se desmayó al oír los atroces insultos y Lasmano, que no era hombre de paciencia, cogió por su cuenta a la vieja y le dió una soberana paliza.

Era la anciana una rasasa, perteneciente a la raza de los monstruos enemigos de Rama. Apenas se vió libre, voló al palacio de un hermano suyo, poderoso rasaso, monarca de la India meridional, y le pidió justa venganza contra Lasmano y contra Rama.

El rey rasaso envió entonces catorce hombres para matar a Rama, pero Lasmano se enfrentó con ellos y no quedó más que uno para contar detalles de su derrota. El monarca rasaso, entonces, se puso, indignado, al frente de catorce mil hombres y avanzó contra Rama. Mas el héroe, con el gran arco del

Numen, con su brazo y la ayuda de su valeroso hermano dispersó en un abrir y cerrar de ojos el ejército enemigo entero.

La vieja Scandinapa, que así se llamaba la maligna bruja que diera origen a tantos males, asistía de lejos a la lucha, esperando una fácil victoria, y viendo con asombro la enorme derrota de los suyos. Entonces, en zig zag semejante al del rayo que busca su camino, voló por los aires hacia el mediodía de la India, atravesó volando los mares, y fué a parar a la isla de Lanca, donde el poderoso Rávano, otro hermano más poderoso que el primero, capaz de tocar con la cabeza el cielo, haciendo temblar con los pies la tierra, reinaba como único tirano.

Habló la astuta bruja a su hermano de las ofensas de Rama y Lasmano, mas Rávano no quiso escucharla y se encogió de hombros ante sus lamentaciones. Entonces la ladina Scandinapa pintó con vivos colores al déspota la magnífica belleza de Zita, la mujer más hermosa de la tierra, y le indujo a arrebatarla de Rama y hacerla ornamento preciado de su isla. Esta idea sedujo a Rávano, quien volan-

do a su vez al mediodía de la India, se presentó a otro hermano, hombre astuto y rey poderoso, y le pidió que le ayudara en la empresa.

—Quererse medir con Rama es una locura —dijo este rasaso—. Rama es el hombre más fuerte del mundo, a quien los mismos dioses han destinado a ser el azote de los rasasos. No quieras, Rávano, precipitar nuestra destrucción, y deja a Rama en paz y reposo.

Rávano tomó la negativa de su hermano por vergonzosa cobardía; sin duda le envidiaba, deseando que fuese vencido... No hizo caso de consejos ni de observaciones y respondió a su prudente hermano:

—Ya que no crees posible que nos apoderemos de Zita por la fuerza, empleemos la astucia. Tú que sabes transformarte de mil maneras, revístete de una forma seductora, para que yo pueda llevármela a la otra parte del mar. Cuando la tenga en mi isla, nadie vendrá a quitármela, pues ni Rama ni su hermano pueden volar para atravesar el océano.

Quedó acordado que el hermano de Rávano se transformaría en un ciervo de cuernos de

oro. Se acercaría a la cabaña de Zita y ésta rogaría a Rama que fuese a cazarlo. Mientras Rama perseguía su presa, ya sola Zita en la cabaña, Rávano entraría en ésta y robaría a la bella esposa del héroe...

Era una mañana hermosísima, en que el cielo estaba limpiamente azul y el aire embalsamado de miles de perfumes con que las flores regalaban a los habitantes de la tierra. Ante la cabaña, Zita peinaba sus largos cabellos. Un hermoso ciervo, blanco como una paloma y con los cuernos de oro, se acercó a la joven. la miró con dulces ojos y se alejó dando ágiles saltos. Al verlo la hermosa, no pudo menos de gritar:

—¡Mira, Rama, qué hermoso ciervo ha pasado! ¡Cuánto daría por verlo vivo junto a mí o tener su piel bajo mis pies!

Como los deseos de Zita eran órdenes para Rama, el héroe descolgó su arco, diciendo a Lasmano:

—No te alejes de aquí, acuérdate que grandes desgracias nos amenazan; custodia a Zita mientras persigo al ciervo, me apodero de él y vuelvo antes que pase un momento.

Lasmano quiso persuadir a Rama de que los ciervos con cuernos de oro no son naturales; de que acaso se tratara de algún enemigo disfrazado. Pero Rama respondió que si era un ciervo lo cazaría y si era un rasaso le daría muerte. Sería ridículo en él temer a un rasaso cuando su solo brazo bastaba para destruir a un ejército entero. Se marchó Rama y quedaron solos Zita y Lasmano. Pocos instantes habían transcurrido cuando oyeron la voz de Rama demandando auxilio.

—¡Socorro Lasmano, hermano mío!

Zita sobresaltada, temblando, rogó a su compañero que acudiese en seguida en socorro de Rama. El primer impulso de Lasmano fué precipitarse fuera de la cabaña, pero no había llegado a la puerta cuando se arrepintió.

—Rama me ha ordenado que no me aparte de la cabaña—dijo—. Rama no puede correr ningún peligro porque es superior a todos los rasasos del mundo juntos. ¿Cómo puede tenerles miedo? Esta debe ser una añagaza de nuestros enemigos.

Pero Zita, indignada por estas palabras de

su cuñado, comenzó a gritar con todas sus fuerzas:

—Esas son razones absurdas, ridículas. Si no vuelas en auxilio de tu hermano, es porque le odias... Acaso porque deseas heredar un día el trono de tus mayores. Acaso quieres casarte conmigo si sobreviene su muerte, pero te juro que nadie jamás habrá odiado tan ferozmente a un hombre, como yo te odiaré a ti, si no acudes en seguida en auxilio de Rama.

Al oír estas atroces palabras, Lasmano se tornó pálido como un muerto, vaciló un momento y tomó su arco.

—Sé que mi obediencia será causa de grandes desgracias, pero quiero cumplir tu voluntad cruel—dijo.

Y se alejó, rápido como el viento. Encontró al fin a Rama, quien al verle, sorprendido y pesaroso, le dijo:

—¿Por qué has abandonado la cabaña, Lasmano? Sin duda nos han hecho traición. Aquel ciervo era el rasaso Marisa. Le he herido, y al morir me ha confesado la verdad de su traición. El fué quien fingió mi voz,

pues yo no he pedido socorro. Corramos antes de ser víctimas de algún engaño.

En tanto, mientras Lasmano se alejaba de la cabaña, el infame Rávano, vestido de peregrino, presentábase en ella.

—Abandona esta pobre cabaña de ramas—decía a Zita—; de tu sola voluntad depende habitar en un magnífico palacio real, ser la esposa de un rey poderoso y estar servida por las más grandes damas del mundo. ¿Cómo es posible que mujer tan bella quiera ser la esposa de un hombre miserable, carecer de bienes de fortuna y morar en los bosques como las fieras salvajes?

Zita, horrorizada, contestó al falso peregrino:

—Amo a Rama con amor eterno y sobre todas las cosas. No le dejaría por nada ni por nadie de este mundo.

Rávano entonces ciñó el talle de la joven con su brazo, y sin hacer caso de los gritos de espanto que Zita lanzaba, se transformó en un dragón de fuego y se lanzó por los aires volando como un relámpago sobre los mares, hacia el mediodía de la India, semejante al



cuervo que arrebató a una inocente paloma. Desmayada Zita, no podía saber lo que le pasaba, y al volver en sí, miró llorando el valle de sus amores y pronunció en voz baja estas palabras:

—Adiós, dulce cabaña donde tan feliz he sido; dile a Rama cómo he sido traicionada. Adiós, río del Godavari en cuyas puras aguas tantas veces me he bañado; dile a Rama cómo he sido traicionada. Adiós, soberbios montes cuyas cimas se alzan orgullosas hasta el cielo; decidle a Rama cómo he sido traicionada. Adiós, bosques que me habéis dado vuestra paz, la pureza de vuestros aires y el aroma de vuestras flores; decidle todos a Rama cómo he sido traicionada.

Giataio, el rey del Himalaya, antiguo amigo de Dasarata, oyó estos lamentos, conoció la voz de Zita, y comprendió que el infame rasaso arrebató contra su voluntad a la más bella mujer de la tierra.

Impetuoso, se elevó sobre la alta cima para luchar contra Rávano, cuando pasara sobre el monte. Pero Rávano, de un golpe de sus

horrendos brazos le derribó al suelo, moribundo.

En tanto esto acontecía rápidamente, Rama y Lasmano corrían a la cabaña, llamando de lejos a Zita, que no les respondía. Al entrar en la cabaña vieron con ansiedad que la joven no estaba. Aunque heridos por vivo temor, pensaron por un momento que acaso la hermosa se hubiese escondido por gastarles una broma. Pero la buscaron y la llamaron por todas partes y Zita no aparecía ni respondía. Recorrieron el bosque, atravesaron el río suponiendo que acaso se estuviera bañando; pero ni en el río ni en el bosque encontraron a Zita. Bajaron a los valles y remontaron las montañas llamando a grandes voces a la bella esposa de Rama. Lasmano se golpeaba la frente por haber dado oídos a las palabras de una mujer; Rama, perdida toda esperanza, cayó al fin rendido, con la cabeza entre las manos. Entonces oyeron una voz que partía de una zanja, exhalando débiles lamentos. Corrieron al lugar de donde la voz partía y encontraron moribundo a Giataio.

—Buscáis a Zita—les dijo el rey del Hima-

laya—. Yo he visto cómo la reptaba el infame Rávano y, por mi antigua amistad con Dasarata, he combatido en vano con el monstruo. Si queréis noticias de Zita, id a ver a Sugrivo, el gran rey de las altas cumbres, que habita en la cima de aquella montaña. Su hermano le privó del trono, obligándole a recorrer toda la India como desterrado, y conoce palmo a palmo el país.

Pronunciadas apenas estas palabras, Giataio expiró. Rama y Lasmano le honraron en su última hora y cumplido el triste deber, partieron para la alta montaña.

Sugrivo les vió llegar desde lejos y teniendo a su lado al fiel Annumán, el hijo del Viento, les aguardó y preguntó sus intenciones. Expusieronle los recién llegados su desgracia, y Sugrivo les contestó:

—Gustoso os daría todo mi apoyo contra el odioso Rávano; pero mi brazo es débil, pues no soy sino un príncipe destronado. Si tuviera los poderosos medios que en tiempos pasados, todos los pondría a vuestras órdenes. Rama habló entonces así:

—Si quieres combatir por mí, yo te devolveré tu reino.

Se aceptó el trato y Rama se presentó ante la ciudad cuyo trono ocupaba el hermano de Sugrivo. Presentóse éste ante el héroe con su potente ejército de silfos, pero Rama lo venció y dispersó y Sugrivo entró en la ciudad, triunfante, y se sentó en el trono.

Feliz en su nuevo estado, Sugrivo se olvidó durante algún tiempo de Rama, quien aguardaba sus noticias en la cima de una montaña. Lasmano entonces entró en la ciudad y recordó al rey el cumplimiento de su palabra.

No se negó Sugrivo a cumplirla, y, seguido de un ejército de silfos, se avistó con Rama. Lo primero que era preciso hacer consistía en enviar emisarios que por todas las partes del mundo buscaran las huellas de Zita. Fueron así cuatro embajadas: una a levante, otra a poniente, otra al norte y otra al mediodía. Todos los silfos llevaban una contraseña dada por Rama, para que al encontrar a Zita se presentasen a ella y se hiciesen reconocer como enviados de su esposo.

Tres volvieron sin haber encontrado rastro



de la esposa robada. Ni los silfos que fueron al norte, ni los de levante, ni los de poniente, hallaron su huella. Annumán, el hijo del viento, había partido para el mediodía seguido de un cortejo de doce silfos, mas había llegado a la orilla del océano sin obtener ningún resultado. Sentado en la playa se lamentaba de su negra fortuna, acusando a Giataio de haber dado falsas noticias, cuando el rey de aquellas montañas, hermano de Giataio, aseguró al hijo del viento que cuanto su hermano había dicho, era perfectamente cierto; que él también había visto pasar a Rávano con su presa, aunque sin saber quién era la raptada. Y le había visto atravesar el océano, sin duda para llevársela a la isla de Lanca, a la bella Ceilán. Todos los que componían la embajada saltaron de alegría. Mas ésta no duró; su misión era encontrar a Zita y Zita estaba a la otra parte de mar, a una distancia de cien millas. Y ninguno de ellos era capaz, volando por los aires, de hacer cien millas en un soplo. Los viejos aseguraban que de hallarse en la flor de la juventud, ya estarían volando hacia la isla; los jóvenes medían sus fuer-

zas y se reconocían con aliento para volar cincuenta, sesenta millas... pero nada más. Entonces Annumán dijo:

—Yo podré volar cien millas. Yo iré.

Subió a la cima del monte y se lanzó por los aires a través de los mares. Los silfos aplaudieron su osadía; los elementos se asombraron, y el océano se estremeció de júbilo. Y tanta fué la admiración del océano ante aquel portento, que, para que el hijo del viento saliese bien de la hazaña, hizo surgir de las aguas, a medio camino, un elevado monte, a fin de que Annumán pudiese descansar.

El hijo del viento reposó un instante, mas, emprendiendo de nuevo el vuelo, no sólo avanzó en su ruta, sino que combatió contra los espíritus rasasos que se le ponían enfrente, los venció y derrotó, precipitándolos en las aguas, y al fin llegó sobre la isla de Lanca.

Salía el sol cuando Annumán descendía en la isla. El silfo se empequeñeció cuanto le fué posible, y empezó a recorrer los hermosos palacios en busca de Zita. Jamás había visto tanto lujo, tanta suntuosidad en las estancias, jardines tan hermosos, ni riquezas tan artísti-

cas y esplendentes. Nada faltaba allí; nada más de lo que había podía soñar el deseo: pero allí no estaba lo que él buscaba; no estaba Zita.

Sentíase ya desesperanzado, cuando vió alzarse ante sus ojos el más magnífico y gigantesco palacio que hasta entonces contemplara jamás. Sin ser visto se introdujo el silfo por patios y por jardines, por estancias y por galerías, hasta llegar a un vergel digno de los dioses, todo él cuajado de hermosas fuentes y frondosas alamedas donde crecían las plantas más raras y bellas, donde millares de pájaros de todas formas y colores trinaban las más deliciosas melodías. Annumán crevó estar soñando, pero un llanto de mujer le volvió a la realidad. En medio de aquel vergel, rodeada de damas, una mujer de esplendente belleza, vestida enteramente de negro, lloraba con gran amargura.

Annumán saltó sobre una gran planta y se ocultó en su corola a fin de oír mejor sin ser visto. Y oyó cómo las demás querían convencer a Zita de que accediera a ser la esposa de Rávano y olvidase para siempre a Rama.

Y vió cómo el terrible Rávano aparecía rodeado de sus guerreros y le oyó suplicar y amenazar y le escuchó al fin conceder a la hermosa cuarenta días de tiempo, al cabo de los cuales, sería su esposa o moriría.

—Si no he de ver más a mi esposo, prefiero la muerte—respondió Zita.

Con rabia y con ira dijo Rávano, al tiempo que volvía la espalda seguido de los suyos:

—Yo destrozaré al ídolo a quien adoras, desventurada.

Las damas tornaron a sus razonamientos insultando a Zita por su rebeldía ante la voluntad de un soberano tan poderoso, el más digno de ser amado, el que ninguna mujer del mundo hubiese dejado de aceptar, dándose por dichosa. Pero una de las damas levantó su voz sobre las otras, diciendo:

—Los mayores desastres vendrán sobre Lanca, sino se pone en libertad a la prisionera. Así lo he visto en sueños. Callad y dejadla en reposo.

Callaron las damas y se alejaron, pudiendo al fin, Zita entregarse a su dolor plenamente.

Annumán entonces, para consolarla, púsose a cantar las alabanzas de Rama. Al oír el nombre de su esposo, Zita levantó súbitamente la cabeza diciendo:

—¿Eres acaso un espíritu maligno que quiere traicionarme, o un espíritu amigo que llega para mi consuelo?

Annumán mostró entonces el anillo de Rama, diciendo:

—Vengo de parte de tu esposo que sin ti vive en el mayor desconsuelo. ¿No reconoces esta perla?

Zita la besó con pasión y quiso que el silfo le hablara de su esposo. Entonces Annumán propuso a la hermosa que montara sobre sus hombros para ser transportada por los aires, a través del océano, hasta los brazos de Rama.

—No es decoroso que la esposa de Rama vaya acompañada por otro hombre, aun cuando sea un fiel servidor—dijo Zita.

Annumán la alabó por su virtud y, después de pedirle un collar de perlas, como testimonio ante Rama de haberla visto, se despidió de ella.

Mas antes de emprender el vuelo, quiso

Annumán, ansioso de venganza, derribar a todos los árboles del jardín maravilloso. Lo hizo así, imprudentemente, y al estruendo se presentó el hijo de Rávano, que era muy valiente, combatió con él, le venció y le hizo prisionero.

Annumán fué condenado a muerte y la hubiera recibido sin duda, a no haberse levantado una voz en favor suyo, diciendo que se tuviera en cuenta su carácter de embajador. Se le condenó, sin embargo, por haber derribado los árboles sagrados, a que perdiera la prenda más preciosa de los de su especie; esto es, la cola. Le llevaron a la plaza pública y se dispusieron a quemársela. Desde su aposento, Zita rogaba a los dioses que tal no sucediera. Y, en efecto, lo que sucedió fué que rompiendo Annumán sus ligaduras, se remontó por los aires, atravesó el océano y llegó de un solo vuelo al lugar donde había dejado a sus compañeros. Fué recibido por ellos con gran júbilo, que aumentó al saber sus noticias, y todos juntos hicieron rumbo hacia el norte, para unirse a Sugrivo y a Rama.

No puede describirse la alegría de Rama al recibir las noticias de Zita y tomar en sus manos el collar de perlas. Abrazó a Annunmán como al amigo más fiel y rogó a Sugrivo que declarase la guerra inmediatamente a los poseedores de la isla de Lanca. Y en pocos días estuvo dispuesto el inmenso ejército, que partió hacia la India meridional. Era un gran acontecimiento nunca visto: las inmensas selvas de la India lo anunciaban a los habitantes del aire, y las águilas y los buitres abandonaban sus viejos nidos hundidos en las rocas altísimas, para cernirse en el espacio observando el extraordinario espectáculo. Cantando alegres canciones de guerra, avanzaban los silfos hacia el país deseado y desconocido; parecían bosques enteros que avanzaban armados de todas armas. Los guerreros de Sugrivo les seguían. Y al fin llegaron todos a la orilla del mar, y entonces supieron que Lanca, el premio del pueblo vencedor, estaba más allá del océano.

Un inmenso terror se apoderó del formidable ejército. ¿Cómo les era posible atravesar el océano? Los silfos eran pocos; los demás

no tenían alas. Entonces suplicaron a su dios.

—Haced una carretera—les dijo el inmortal Sampati, hermano de Giataio—. Una carretera que os lleve sobre el océano a Lanca, y que será eterna como vuestra gloria.

Haciendo rodar sobre el mar montañas enteras, el inmenso ejército construyó en un momento la ancha carretera. Y volvieron a oírse los cantos de guerra y los héroes se acercaron a la isla.

Corría ya por ésta la noticia de que el enemigo se aproximaba. Celebróse consejo en el palacio, y todos estuvieron de acuerdo en entregar a Zita a su esposo, antes de consentir en exponerse a tan grave peligro. Pero Rávano protestó de semejante cobardía. Un hermano suyo le acusó de ser la ruina de su stirpe, y el tirano batalló con él. El hermano de Rávano entonces, abandonó Lanca y se pasó al campo de Rama, quien le prometió colocarle en el trono.

Y llegó el día de la gran batalla. A pesar de sus innumerables proezas, el hijo de Rávano vió desbaratado su ejército. Entonces, a traición, penetró una noche en el campa-

mento, y, sorprendiendo dormidos a los mejores generales del ejército de Rama, les cortó la cabeza. Entre ellos estaba Lasmano el valeroso.

Mas he aquí que Annumán para todo conocía remedio, que no en vano era hijo del viento. En la cima del Himalaya crece una hierba que cura todas las heridas. Se eleva Annumán por los aires, y al instante regresa trayendo la hierba sagrada, la aplica a las heridas de sus amigos, y todos quedan curados.

Mas, mientras Annumán está ausente, el hijo de Rávano comparece en lontananza, al lado de una mujer que tiene la figura de Zita; levanta su espada y le corta la cabeza.

Al ver esto, Rama cae exánime al suelo, mas llega entonces Annumán, y, con las hiervas encantadas, le devuelve, lo mismo que a los otros, la vida. Y vuelve a librarse batalla y los rasasos sufren una grave derrota.

La familia de Rávano volvió a celebrar consejo. Indudablemente Rama era invencible. Por momentos hacíase preciso despertar a Cumbarcán.

Era éste un gigante hermano de Rávano, cuyo apetito cuando estaba despierto era tan monstruoso, que en toda la isla no existían bastantes seres para saciarlo. Por ello los dioses habían ordenado que durmiera durante todo el año. Mientras dormía ocupaba un espacio inmenso de terreno. Sólo podía estar despierto tres días cada año, dando lugar entonces a los más grandes horrores.

Era preciso, sin embargo, despertar a Cumbarcán. Para ello hubo que golpearle con lanzas y mazos, y hacerle pisotear por elefantes. Al fin abrió los ojos y, enterado de lo que ocurría, habló así a su hermano Rávano:

—¡Has arrebatado a Zita de los brazos de Rama! ¡Desventurado! ¡Cómo puedes luchar con quien no tiene iguales sino entre los dioses!

Por el honor de los suyos, sin embargo, entró en la batalla y sembró el espanto entre los enemigos, hasta que una flecha de Rama le derribó en tierra. El gigante, que era tan alto como una montaña, cayó con horrible estruendo. No parecía sino que se hundiera el mundo. Y entró entonces en batalla a su

vez el terrible Rávano, que podía crecerse hasta abrazar la luna con sus manos, y que hacía retemblar la tierra con sus pisadas. Zita se ofrecía a los dioses por la victoria de su amado, y contemplaba la batalla desde la cima de una montaña cercana. *Carven - queda.*

Y avanzó Rama hacia la lucha decisiva. Volaban las saetas obscureciendo los aires; los golpes de los hierros al chocar levantaban fragores de tempestad desatada. Y al fin, sin que pueda saberse cómo, el ejército de los rasasos se hace atrás, atrás, huye y al fin desaparece. Y se adelanta Rama, hermoso como un semidiós, tranquilo como el lago y fuerte como el mar. Levanta su arco hacia el tirano, parte la flecha silbando por los aires y va a clavarse en medio del pecho de Rávano. El terrible enemigo se precipita en su altísimo carro, como una torre al vacilar sus cimientos. El triunfo es de Rama. *aquí queda*

De la mano de Lasmano, llega Zita, que ha dejado su negro traje y llora de alegría al acercarse a su esposo. Mas Rama no corre a su encuentro y pronuncia con desdén estas tremendas palabras:

—He luchado por vengar nuestra afrenta y castigar a los infame, pero no puedo aceptarte por esposa. Has estado en brazos del enemigo: no eres la mujer de Rama.

—Si es así—dice Zita pálida, pero sonriente—, sea cumplida tu voluntad. No me resta sino morir. Preparad una pira y moriré en ella contenta, porque soy inocente.

Todos los rostros palidieron y todos los ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó la pira, y el fuego que había de consumir su figura divina, se levantó también amenazador. Y Zita estaba en medio del fuego, y el fuego no la tocaba, para maravilla de las gentes.

Entonces se vió aparecer sobre la hoguera a los magnos espíritus de los antepasados de Rama, y entre ellos al anciano Dasarata, que, abrazando a su glorioso hijo, vencedor, habló así:

—Estrecha contra tu pecho a Zita, tu dulce esposa, que es digna de ti por su pureza e inocencia, y es la más bella perla de nuestra familia. Sé muy feliz con ella. Sin duda tu destierro fué voluntad de los dioses.



Arrodillóse Rama ante la sombra de su padre, a punto de desvanecerse por los aires.

—¡Una gracia!—suplicó el héroe.

Y la sombra se detuvo antes de alejarse para siempre.

—Volveré a mi reino, amaré a mi pueblo, engrandeceré a mi patria. Volveré a vuestro palacio y adoraré vuestro recuerdo, mas hay en él una mujer que en otros tiempos fué maldecida por vos; la madre de Barata. Perdonadla.

—Perdono—pronunció Dasarata desvaneciéndose para siempre.

Rama y Zita volvieron a su patria y a su reino. Ocuparon el trono de sus antepasados y fueron bendecidos por las generaciones. Porque él era el héroe más grande del mundo y ella la mujer más hermosa de la tierra.

La Fiel

II

SAVITRI, LA FIEL

EL rey de Madrás, Asvapati, fué en todo feliz. Amado de su pueblo, dotado de gran sabiduría y poseedor de inmensas riquezas, vivió largos años, sin otro pesar que el de no tener hijos, deseo que le parecía que jamás había de verse cumplido. A su vez la reina sentía tristeza por no tener a su lado encantadoras hijas, buenas y caritativas como ella. Ambos esposos hicieron sacrificios a los dioses, y visitaron todos los templos de su reino. Mas pasaron años y más años, sin que ninguna voz infantil turbara el silencio de los vastos salones y los magníficos jardines de la corte.

Cierto día se hallaba Asvapati ante un altar



del cual se levantaba una nube de aromático incienso, cuando una voz melodiosa le distrajo de sus oraciones. La voz decía así:

—Alégrate, Asvapati: el cielo ha escuchado tu plegaria.

Asombrado el rey, levantó la cabeza, viéndolo a su lado una radiante figura que no tocaba en el suelo.

—No temas—continuó la dulce aparición—. Yo soy Savitri, que habita en la llama de los sacrificios y escucha las plegarias de los mortales. Me han conmovido las tuyas hasta el punto de ir a suplicar por ti ante el trono divino. Los dioses han escuchado mi ruego, pero sólo te han concedido una hija. Agradece el presente, pues la doncella crecerá hermosa y buena y será tu alegría y la de su madre.

Desapareció la sombra. Inquieto el rey, regresó a su palacio, y apenas había entrado en él, cuando sus servidores, llenos de júbilo, se adelantaron a recibirle diciendo que el cielo acababa de concederle una hija.

Corrió el rey a la estancia de su esposa, se inclinó sobre la recién nacida, y pronunció estas palabras:



...el cielo ha escuchado tu plegaria.

—Te debemos a la bondad de Savitri, y Savitri será tu nombre.

A medida que pasaban los años, la niña se transformaba en una hermosísima doncella, buena y caritativa como la diosa había profetizado. Las gentes veían en su frente la señal divina, y los viejos y los jóvenes, los pobres y los ricos, cuantos la veían, ya en su palacio, ya en las miserables chozas de los desgraciados a quienes socorría, la alababan como a la más pura y santa mujer de la tierra. Los enfermos olvidaban sus dolores al verla, y los afligidos sus pesares, y los príncipes que llegaban a la capital para admirarla en el palacio de su padre, ricamente ataviada y atendiendo con encantadora afabilidad a sus huéspedes, no se cansaban de proclamar:

—Es más bella que todas las mujeres del mundo. No es como las demás personas de la tierra. Su hermosura y su bondad, sólo pueden compararse a las de los dioses.

Un día, sin embargo, tanta felicidad vióse turbada. La muerte se llevó a la reina, y el anciano monarca se quedó sin otra alegría ni otro consuelo que su hija. Al mismo tiempo



se sentía viejo y enfermo, y le llenaba de pesar la idea de morir sin verla casada. Por eso cierto día la llamó a su estancia y le habló de esta manera:

—Cuando yo haya muerto, hija mía, te encontrarás sola y sin apoyo. Quisiera por ello que eligieses esposo, a fin de que pueda yo morir tranquilo.

Pero la doncella se echó a reír en carcajada clara y fresca, y contestó al rey:

—Mientras yo tenga tu cariño y pueda gozar en la selva de los rayos del sol, del perfume de las flores y el canto de los pájaros, no estaré sola; pero si es necesario para tu tranquilidad que me case, me uniré al hombre que me designes.

Muy contento el rey contestó:

—Quiero que tú misma elijas a tu futuro marido. Un numeroso séquito te acompañará por todos los países de la tierra, hasta que encuentres al elegido de tu corazón que, como no podrá menos de ser bueno y noble, será para mí un querido hijo.

Dió el monarca un beso en la frente a su hija, y ella corrió a refugiarse en la selva, don-

de los árboles seculares la saludaban con cariñoso murmullo; donde las flores la conocían, y los animalitos acudían al eco de su voz. Sentada al pie de una elevada palmera, las gacelas se echaban a sus pies, los pavos reales luciendo sus magníficas colas, los pintados papagayos y otras aves de hermoso plumaje, la rodeaban, poblando el ramaje de los árboles inmediatos.

Era aquella la verdadera vida de Savitri, que, en la selva, sentíase más comprendida, más amada que en parte alguna.

De pronto, un rumor hizo huir a las candidasavecillas. Savitri se puso en pie y vió un hombre, joven y apuesto, que se acercaba a ella.

—No temas, Savitri—dijo el desconocido—. Soy un anacoreta que vive retirado del mundo, y que desde hace tiempo te observa en tus horas de soledad y alegría, sintiendo cada vez más vivo el deseo de hablarte, si quiera sea por una sola vez.

—Yo jamás te he visto—contestó Savitri sorprendida—. ¿Quién eres? ¿Cómo conoces mi nombre? ¿Cómo te encuentras en esta sel-

va solitaria donde jamás ha puesto la planta otro sér humano que yo?

El extranjero habló con voz que conmovió el alma de la princesa:

—Yo estaba destinado a llevar un hombre de gran fama—dijo—, pero ahora mi morada es la selva y mi compañera la soledad. En este bosque habitan también mi padre ciego y mi madre cariñosa, a quienes yo cuido y cuidaré mientras vivan. Otros penitentes piadosos viven también retirados en estos lugares, meditando como nosotros, en la eternidad. Mas tú, hermosa princesa, que vienes a la selva a coger flores y hablar con los pájaros, ¿no temes los peligros que aquí puedes encontrar?

La princesa sonrió dulcemente:

—No temo nada, ni de los hombres ni de los animales. El rey de la selva me obedece y el tigre feroz no me causa ningún daño. Dice mi padre que tengo el don de amansar a las fieras. Cuando el bullicio de palacio me cansa, me retiro a esta soledad, donde no estoy sola, pues aquí me hablan los árboles, las flores, los pájaros y las fieras. Aquel árbol inmenso bajo cuya copa podrían cobijarse cen-

tenares de seres, me dice: «hace más de mil años que estoy aquí, y he perdido ya la cuenta de las generaciones que he visto pasar, así como de las cosas que he visto y oído. El hombre cree, en su pequeñez, que todo perece, porque no ve que el creador y su creación son eternos; glorificalos tú a cada instante, pues te enseñan lo que es la eternidad. Aquella esbelta palmera—continuó la joven—me dice a su vez: «yo soy la reina de la selva. Brahma me creó elevándome hasta las regiones desde donde se ve la puerta por la cual surge el radiante astro del día». Y aquella flor, modesta y fragante, añade: «el poderoso Brahma, al crearme, puso el precioso aroma en mi corola, para que se levante en tributo a la divinidad». Y las aves unen su voz a la de toda la naturaleza, y hasta las avecillas humildes que pasan una parte del año en los países del norte, me relatan lo que ven en aquellas lejanas y tristes regiones. Ya ves que no estoy aquí sola ni tengo por qué temer nada.

El extranjero escuchaba extasiado y absorbió las palabras de Savitri. Al ver que obscure-



cia, la joven se despidió de él y él se ofreció a acompañarla. Andando andando, el penitente le contó su historia, le dijo su nombre y al salir de la selva, seguían hablando de la naturaleza, del cielo, de los astros, de las fieras y de las flores. Y estaban ya cerca de palacio.

Entonces la princesa rogó al joven que entrara con ella para ser presentado a su padre. Mas el doncel repuso:

—No hay sitio en los palacios de los reyes, para Satiaván el anacoreta. Además, mis padres estarían con cuidado y tengo mucho que andar todavía antes de reunirme con ellos. Sé feliz y acuérdate alguna vez de este solitario. Mi choza y mi vida son tristes, mi camino obscuro, pero si alguna estrella alumbra mi camino, será desde ahora el recuerdo de esta visión de tu belleza, pues he visto al verte, un astro cuyos benéficos rayos transformarían cuanto me rodea en un paraíso.

Sin esperar contestación de la joven, desapareció entre la fronda. Savitri entró pensativa en el palacio.

Al día siguiente emprendió el largo viaje proyectado por su anciano padre. Fué recibi-

da en las grandes ciudades y en los palacios de los reyes y los príncipes con gran agasajo, y visitó los retiros de los anacoretas que renunciando a las satisfacciones del mundo, meditaban en la eternidad para hacerse dignos de Brahma. Y anduvo así por medio mundo, y al cabo de largos meses regresó al reino de su padre, quien la recibió con grandísima alegría y escuchó el relato de su viaje en el que para nada nombró la doncella al esposo a quien había ido a buscar. Instada la princesa por el rey a que le dijera sobre quién había recaído su elección contestó Savitri:

—Mi elección, padre mío, estaba hecha cuando me marché. El corazón me decía y me dice, que he de volver a ver a mi amado, que he de apartar de él la tristeza dándole la dicha. Se llama Satiaván y vive en la selva con su madre y su anciano padre ciego, que fué en otro tiempo el poderoso rey del país de Selva. Cuando él era niño, su padre perdió la vista, y los vecinos codiciosos se aprovecharon de ello para invadir con numerosa hueste el país arrojando de allí al infortunado rey con su esposa y su hijo. Se refugiaron en

el bosque donde se ha criado el joven Satiaván, siendo amado por todos a causa de su piedad y sus virtudes, y contento con su suerte hasta que me vió y conoció. Temía que tú no le dieras a tu hija por esposa, y temía que yo no quisiera compartir con él su pobre vida estando como estoy acostumbrada al fausto y la riqueza. Pero yo no soy débil, como todos creéis; soy fuerte y no me espantan las privaciones. Déjame ser la felicidad de ese joven. A él he elegido por esposo y sin duda los dioses...

—No sigas, Savitri—exclamó en aquel momento una voz extraña.

Al volverse el rey y su hija, vieron en medio de la estancia a un anciano cubierto de blanco ropaje. Blancos eran también su cabello y su barba, y se apoyaba pesadamente en un báculo.

—Es Navada, el mensajero de los dioses—dijo el rey en voz baja.

—Soy Navada—continuó el anciano—, y traigo un mensaje para Savitri. Satiaván es un joven bello y virtuoso, pero el dios Siva envidioso de las bellas y perfectas obras de

Brahma, sólo le concede un año de vida. A contar desde hoy, y concluido este plazo, se lo llevará a su imperio lúgubre el primer hombre creado, Yama, que es ahora el genio de la muerte. Ve, pues, qué triste sería tu suerte, si le hicieras tu esposo.

Pero Savitri repuso:

—He dado mi palabra y no quiero otro esposo. Cúmplase la voluntad de los dioses que pusieron este amor en mi corazón.

El rey suplicó también a su hija que no quisiera seguir tan triste suerte, pero ella se obstinó en cumplir la palabra prometida, que era, además, el más vivo anhelo de su corazón.

—Pues la resolución de la princesa es inflexible, y pues tú ¡oh rey! le diste tu palabra de que ella misma elegiría esposo, cumple ahora su voluntad. Y tú, Savitri, piensa que todavía te queda un año para orar a los dioses y no te quejes de tu destino. Yo he cumplido mi deber avisándote.

Así habló Navada, quien se esfumó en la atmósfera mientras el rey abrazaba a su hija diciéndole:



—Sea como quieras y ojalá no tengas que arrepentirte.

Savitri con la dicha retratada en el rostro, contestó:

—Es preciso que nos apresuremos, padre mío. Sólo queda un año...

Por deseo de Asvapati, rey de Madrás, se reunieron todos los brahmanes de la selva, en torno a la choza de Diamatsena para recibir al rey que llevaba a su hija a aquellos lugares para casarla con el joven Satiaván. Por primera vez los cortesanos y sus servidores, caballeros en briosos alazanes ricamente enjaezados, se mezclaban a los brahmanes que vestidos de blanco iban y venían con ademán solemne.

Verificada la ceremonia del casamiento, el rey y los suyos se despidieron de la princesa, de su esposo, de los padres de éste y de los virtuosos brahmanes. Volvió a reinar en la selva el habitual silencio. Se despojó Savitri de sus ricas vestiduras y sus espléndidas joyas, y vistiendo el sayal burdo que usan los ermitaños de la India, vivió desde aquel momento una vida sencilla, ayudando con cari-

ñosa solicitud a su esposo en el cuidado de sus ancianos padres. Y así transcurrieron días, semanas y meses de felicidad reposada y completa. 4

Mas a medida que el tiempo pasaba, acercándose el plazo fatal que el dios Siva había concedido de vida a su esposo, Savitri iba tornándose preocupada, pensativa, triste, sin que nadie sospechara siquiera el motivo de su preocupación y de su tristeza. A las preguntas de su esposo acerca de tal melancolía, contestaba ella sonriendo dulcemente y recobrando por algún tiempo su antigua alegría. Al fin, cuando el fatal plazo se acercó, la princesa pretextó una piadosa promesa para pasar tres días y tres noches haciendo penitencia ante los altares. Pedía a los dioses la vida de su esposo, al que amaba más cada día. Cuando llegó el último día del plazo, cesó de orar. Dijo a los suyos que había cumplido su voto y tomó alimento y recibió las felicitaciones de todos, y cuando le dijeron que ella siendo tan pura e inocente como las flores, no necesitaba hacer penitencias tan duras, repuso:

—Débiles son las flores y tiemblan al me-

nor soplo de la brisa; yo tiemblo también y necesito fortalecerme en la oración y la penitencia.

Atardecía cuando Satiaván tomó como de costumbre su hacha y su cesto y se dirigió a la selva, para cortar la leña necesaria a los tres fuegos sagrados que no deben apagarse nunca en la morada del Brahmán. Savitri se obstinó en acompañarle. Aquel día no podía dejarle ir solo.

—Estás rendida por las vigiliyas y penitencias. Voy a un punto de la selva un poco distante. Sería preferible que permanecieras aquí tranquila.

Pero tanto suplicó Savitri, que su esposo consintió en que fuera con él.

Era la más hermosa tarde que jamás viera la selva india; las flores y las plantas ofrecían a los dos enamorados su perfume más grato, y las bestias se apartaban de su camino para dejarles paso. La ruta se hizo corta, y llegados al lugar que buscaban, Satiaván comenzó a coger frutas colocando el cesto al lado de su esposa que le contemplaba tristemente, sentada en la tierra. Un solo pájaro

cantaba con su voz dulcísima. Satiaván blandía con brazo robusto su hacha, cortando las ramas, cuando de pronto dejó caer el arma y se arrimó al árbol inmediato. En aquel mismo instante cayó el pájaro y a pesar de que no soplaba la más ligera brisa, las copas de los árboles se movieron con un ruido seco.

—Siento un agudo dolor en la cabeza—suspiró Satiaván—. Tengo que descansar un momento, Savitri.

Iba a caer desplomado al suelo, cuando el brazo de su esposa le sostuvo a tiempo tendiéndole sobre la hierba.

—Descansa que yo te velo—dijo la joven.

El esposo la miró dulcemente y reinó un profundo silencio. Se ocultaba el sol dorando con sus rayos de ocaso las hojas de los árboles: el cielo se teñía de rojo. Savitri se estremeció.

—Esto es la muerte.

Y fijando su mirada en la espesura, vió salir de entre ella a un hombre que apartaba las ramas sin hacer el menor ruido. Se envolvía en un ropaje oscuro del mismo tono de su cara. Se detuvo ante Savitri y la miró con sus



ojos negros y sin brillo, envueltos en profunda tristeza. Savitri colocó la cabeza de su esposo que tenía sobre la falda en la hierba, y se puso de pie.

—No me detengas Savitri—dijo el hombre con voz apagada—, el destino tiene que cumplirse. La vida de tu esposo acaba. Satiarán morirá al ponerse el sol.

—¿Eres Yama, el genio de la muerte?—preguntó la princesa—. ¿Vienes a llevarte a mi esposo al mundo desconocido? Cúmplase el destino, mas accede a mi ruego y llévame también a mí, pues quiero estar con mi esposo en este mundo y en el otro.

—Son inútiles tus súplicas—dijo Yama—, tú no puedes seguirnos. Agradéceme que en vez de enviar genios servidores a buscar a tu esposo, dotado de todas las virtudes, haya venido yo mismo para conducirlo al lugar de la bienaventuranza.

El genio de la muerte se inclinó sobre la joven, que al sentir su hálito frío se desmayó por un instante. Al volver en sí, ya no vió Savitri al desconocido, que había desaparecido llevándose el alma de su esposo, cuyo

cadáver yacía sobre la tierra. Rápidamente púsose Savitri en pie y volviéndose a sus amigas las flores de la selva, les dijo:

—Adiós, pájaros y flores: adiós, selva amada. Debo seguir el alma de mi esposo arrebatada por el genio de la muerte. Decidme vosotras hacia dónde partió mientras las aves me prestan sus alas para que me sea posible alcanzarlos.

Una débil claridad que se perdía en lontananza la guió. Casi volando, sin que sus pies tocaran la tierra, corrió hacia la nube en la cual distinguía la forma de Yama llevando tras sí una sombra pálida en la que creyó reconocer el alma de su esposo.

—¡Detente, genio de la muerte!—gritó Savitri.

El fúnebre mensajero se detuvo un instante, sorprendido.

—¿Cómo has podido seguirme, mujer, cuando mis pies corren más ligeros que el huracán y que el relámpago?—dijo el genio.

—Mi amor va más allá de la muerte y mi fidelidad no se detiene ante el sepulcro. He aquí por qué mis pies de mujer son más velo-

ces que las alas del ave que atraviesa tierras y mares. He aquí por qué te he alcanzado para rogarte que me dejes seguir a mi esposo.

Así habló Savitri. Y el mensajero de la muerte, le respondió:

—Grande es tu fidelidad, y por ella te concedería cualquier gracia que me pidieras... excepto la vida de tu esposo. Di lo que quieras con tal de que esto no sea.

—Nada necesito para mí—dijo Savitri—. Pero si quieres concederme algo, devuelve la vista al anciano padre de mi esposo.

Yama hizo una inclinación de cabeza accediendo a lo que se le pedía. Después añadió:

—Vuelve atrás, mujer; el camino de la muerte es largo y penoso.

—El camino que lleva mi esposo, es el mío. Adonde él vaya iré yo, sin sentir cansancio. Así lo ordenan el amor y el deber.

Otra vez sorprendido ante la fortaleza del amor de Savitri, el genio de la muerte le rogó que pidiera otra gracia excepto la vida de Satiaván. Entonces Savitri pidió a Yama que devolviese al anciano Diamatsena el reino que

un día ya lejano le arrebataran sus enemigos.

Otra vez accedió el genio de la muerte, y sin pronunciar una sola palabra más partió ligero, en dirección al Mediodía, llevando tras de sí el alma del esposo de Savitri. Sin pronunciar palabra también la joven les siguió pálida y apresurada, hasta que advirtiéndolo el genio de la muerte, le habló así de nuevo:

—No lames la ira de los dioses, Savitri. Te concederé todavía otra gracia, pero vuélvete atrás.

—Mi buen padre—dijo entonces Savitri—deseó siempre tener hijos varones, pero el destino le dió una hija única. Concédeme un hijo varón, que sirva de apoyo a su vejez.

Por tercera vez accedió el genio de la muerte a lo que la enamorada le pedía y después hizo defilar ante los ojos de Savitri la horrible visión de lo que le aguardaba si persistía en su locura. Las medrosas tinieblas de la muerte, los espantosos abismos, las agudas piedras que abrirían sus pies, las espinas que desgarrarían su piel y las horrorosas serpientes sobre las cuales tendría que pisar antes de llegar al reino de los muertos, pasaron por un

momento en cortejo espeluznante ante los ojos de la enamorada. Y vió también cómo tendría que pasar sobre ascuas que cubrían el camino y atravesar las abrasadoras hogueras que le impedían el paso. Y ovó los sollozos y los gemidos de las almas malditas, condenadas al tormento eterno... Pero ninguna de estas visiones fué bastante para hacer desistir a Savitri de su propósito.

—No me espanta ninguno de esos horrores; mi amor no reconoce día ni noche. Al lado de mi esposo siempre veo brillante luz, dicha y riqueza.

Por un momento se detuvo el genio de la muerte, y sus ojos apagados centellearon con brillo maravilloso. Habló después así:

—Hace millares de años que recorro todos los países del mundo, que sirvo de mensajero entre el reino de la muerte y el de la vida, y jamás he oído un lenguaje como el tuvo. Tú, mujer débil y mortal, has llegado con tus palabras al ama de los inmortales; pide lo que quieras que te será concedido.

Cayó Savitri de rodillas y otra vez exclamó:
—¡Devuélveme la vida de mi esposo!

—Has vencido a la muerte. Tu amor ha sido más fuerte que el destino.

Le pareció a Savitri que todos los ecos del mundo repetían estas palabras; que las montañas, las selvas, los abismos, los cielos y la tierra, le decían también:

—Tu amor ha sido más fuerte que el destino.

Cerró los ojos por un momento y le pareció que unos brazos poderosos la mecían sobre el espacio inmenso, después sintió que una mano suave, oprimía la suya, y una voz amada y conocida pronunciaba su nombre. Abrió los ojos la joven esposa y se encontró de nuevo junto al árbol ante el cual se le había aparecido el genio de la muerte. Ante ella su esposo arrodillado, la miraba con ternura indecible. Al verla abrir los ojos exclamó Satiaván:

—¡Qué sueño tan pesado he tenido! ¿Me has librado tú de él, esposa mía?

Savitri profundamente conmovida, tardó en pronunciar una sola palabra, al fin volviendo en sí, pudo decir:

—Has dormido mucho tiempo, esposo mío.

La obscuridad de la noche nos envuelve y tus ancianos padres nos echarán de menos. Levántate y en otra ocasión hablaremos de lo que ha pasado.

Satiaván apenas podía sostenerse en pie. Apoyado en la esposa, que llevaba en sus manos el hacha y el cesto, caminó lentamente atravesando la selva a la luz de la luna. Sentíase la enamorada con más fuerza que nunca, y su ejemplo y su apoyo hicieron recobrar también su vigor a Satiaván.

No tardaron en llegar al lugar donde antes estaba su mísera choza. Al desembocar allí, por un momento no supieron lo que les pasaba, pues toda la plazoleta estaba radiante de luz, y a los pies del anciano Diamatsena, hallábanse arrodillados muchos hombres ricamente vestidos, que le presentaban una corona diciéndole en voz alta:

—Acepta de nuevo tu corona, pues acabamos de arrojar del trono usurpado, al tirano que hemos soportado demasiado tiempo. Sólo tú eres nuestro rey legítimo.

Y todos los presentes aclamaban al anciano gritando:

—¡Sólo tú eres nuestro rey!

Al ver el anciano monarca a Savitri y Satiaván que avanzaban cogidos de las manos, exclamó dirigiéndose a ellos:

—En buena hora volvéis, hijos míos. Hoy los dioses nos han hecho gloriosas mercedes. Por primera vez, querida hija—hablaba así a Savitri—puedo ver tu rostro, pues se han rasgado las tinieblas que cubrían mis ojos. Además, mis antiguos súbditos me han sido fieles, y de nuevo me ofrecen el trono que perdí.

—Después de estas palabras, tomando a los esposos de las manos, los presentó a los emisarios diciendo:

—Levantaos mis fieles súbditos y ved a vuestro rey y a vuestra reina. Mi esposa y yo agobiados por la edad, hemos de quedarnos en estas soledades, pues el trono ya no tiene atractivo para nosotros. Mis hijos, que son dignos de la corona, tomarán posesión del trono y del país, serán felices y harán vuestra felicidad.

Colocó la corona en la cabeza de Satiaván y todos le aclamaron por su rey. Mientras se-

guidos del espléndido cortejo, iban camino de palacio, dijo Satiaván a su esposa:

—Bien sé que todo esto es obra tuya, mujer. Ahora comprendo que no fué un sueño lo que vi. Te debo la vista de mi padre, la corona y, por último, la vida; ¿cómo he de poder agradecer tanto amor y tanto sacrificio?

Bajó los ojos Savitri y contestó:

—Es a los dioses a quienes has de agradecer el haberme dado fuerza y valor, pues hasta el genio de la muerte ha querido mostrarse bondadoso conmigo.

Llegaron a palacio, donde ya les esperaban numerosas embajadas de todos los países del mundo que iban cargadas de presentes para el buen rey joven y valeroso. El padre de Savitri llegó también para celebrar que su hija fuese reina de nuevo y para participarle que su nueva esposa acababa de darle un hijo varón, un heredero.

Savitri y Satiaván fueron felices, lo mismo en su amor que en el amor de su pueblo. La joven, sin embargo, nunca era tan dichosa como en las horas que pasaba en la selva, rodeada de las flores y los pájaros, sus mejores

amigos. Y si Satiaván era celebrado en toda la redondez de la tierra por su poder y su sabiduría, a Savitri se la saludaba como la reina única de las aves y las flores, aquella para quien los pajarillos entonaban el himno armonioso de vasallaje y acatamiento. Y así llegaron a la edad más avanzada que pueden alcanzar los mortales. L



DE ZAPATERO A REY

ERA en el más lejano confín de la Tartaria, en un antiguo territorio que hoy forma parte de China. Un tirano cruel, había usurpado la corona de aquel pequeño reino independiente entonces, ascendiendo al trono después de asesinar a toda la familia real legítima. Su nombre y su persona eran odiados en toda la nación, y el terror gemía en todos los ámbitos de su reino.

En la capital de aquel país, dicen que había en lo alto de una torre gigantesca, sin torre ni escalera, una campana que nadie podía recordar cómo, cuándo ni por quién había sido colocada en aquel sitio. Tampoco se sabía quién movía su badajo cuando la campana

sonaba, pues era el caso que, cuando algún acontecimiento beneficioso para el país se aproximaba, la campana dejaba oír sonos dulcísimos que podían escucharse en toda la comarca. En cambio, cuando amenazaban grandes desgracias, la campana dejaba escuchar sonidos siniestros, como gemidos de moribundos, infernales repiques y dobles lúgubres, espantosos. Todo el mundo entonces se estremecía, lo mismo el rey en su palacio, que el artesano en su taller y el pastor en el campo. Y todos corrían a las mezquitas para rogar a Alá que apartase la desgracia que al país se acercaba. Al lado de la campana, colgado de una cadena enorme, había un gran martillo de hierro, del cual se decía—aunque nadie lo había visto nunca—que en casos muy extraordinarios, daba contra la campana, produciendo tan enorme estruendo, que hacía temblar la torre, las murallas y aun la misma montaña.

Esta era la leyenda que los padres contaban a sus hijos mostrándoles la campana, que relucía al sol como si fuese de oro.

El temor a escuchar el lúgubre sonido de

la campana, había mantenido desde tiempo atrás, la justicia y el bien en aquel reino. Los monarcas del país evitaban pronunciar sentencias de muerte o cometer actos de injusticia y hasta los vasallos temían doblemente al crimen y a la maldad por miedo a que el plañidero son de la campana les delatara y persiguiera. Mas el soberano usurpador que a la sazón reinaba en aquel país del confín de Tartaria, se reía de tal leyenda, que calificaba de cuentos de viejas, y se entregaba a las mayores crueldades, injusticias y abusos, dando el ejemplo a sus súbditos, que también se olvidaban por momentos, de las sabias lecciones de sus antepasados. Resultado de todo ello, era que la campana dejaba escuchar sus quejidos y fúnebres lamentos a todas horas del día y de la noche, mientras que los dulces y alegres sonidos de otros tiempos, se habían borrado ya para siempre del recuerdo de los habitantes de la comarca.

Vivían en aquel país, dos hermanos de condición tan distinta como distinta era su apariencia física. El mayor se llamaba Sacaljok, que en persa quiere decir «hermosa barba ne-

gra», y poseía una hermosa figura y un rostro noble y arrogante; era joyero y comerciaba en piedras y perlas finas, habiendo llegado a gozar de una gran posición y poseyendo en el mejor barrio de la ciudad, un verdadero palacio que le servía de tienda.

El menor de los dos hermanos, era conocido por el nombre de Asbeas, que en persa quiere decir «barbita blanca». Era de pequeña estatura, un poco jorobado y su barba y cabello eran de un tono tan descolorido, que más parecían un vello blanquecino. Su tipo desmedrado y ridículo, le había convertido en el paria de la familia, y así como su padre se había gastado muy buen dinero en dar al hijo mayor un buen oficio, no se molestó por el pequeño sino en hacerle aprender el de zapatero. Como tal habitaba en una humilde tienda del bazar público, en una esquina del cruce de las dos calles principales.

Además de su mala facha, tenía Asbeas, desde su nacimiento, la cara arrugada como un viejo, aun cuando era joven; y por añadidura, aunque tuviese el corazón destrozado, su boca tenía un gesto tal, que siempre pare-

cía reír. Por ello nadie tenía lástima de él. Y aun muchos tomaban su sonrisa por burla, atrayéndose así algunas antipatías. Sin embargo, en general, era bastante apreciado en su barrio por su carácter bondadoso y modesto, amigo de ayudar al triste y consolar al desgraciado, cualidades que su hermano no tenía, pues era más bien desconfiado y orgulloso.

El rico joyero, que se avergonzaba de hablar con su hermano el zapatero en público, se hacía calzar por él, sin embargo, y lo mismo a toda su familia. Se entiende que sin pagarle nunca un céntimo de su trabajo, porque para eso—que no para nada más—eran hermanos.

Asbeas, que a pesar de su mala facha, de su pequeña joroba y sus piernas torcidas, tenía un corazón amoroso y aspiraba a ser amado, había pensado en casarse con una mujer que le quisiera y respetara. Para ello había fijado su atención en la sobrina de uno de sus vecinos, joven bellísima de dieciséis primaveras, si bien de condición tan pobre como la del zapatero. Mucho tiempo vaciló antes de decidirse a confesar su amor, pero al fin tanto y tanto acarició la idea del casorio que resol-

vió no perder tiempo. Para los preliminares necesitaba algún dinero, pues en aquel país, antes de pedir la mano de una doncella era costumbre hacerles ricos presentes, lo mismo que a su madre; encargar al mejor memoria-lista de la ciudad, sonoros versos ensalzando la hermosura de la pretendida, y el ardiente amor del pretendiente, y, por último, presentarse ante la dama con ropas más elegantes y nuevas que las humildísimas que habitualmente vestía el zapatero. A fin de reunir el dinero necesario para todos estos gastos, el zapatero decidió pedir a sus parroquianos cuanto debían. Aunque sonrojándose del paso que daba, y del motivo que le impulsaba a ello, Asbeas fué a visitar a su hermano el joyero y le expuso el caso en que se encontraba. Al saber Sacaljok que su hermano se quería casar, a poco le da un ataque de tanta risa y cuando al fin se tranquilizó su hilaridad, dió rienda suelta a las burlas más crueles.

—¿Por qué no he de casarme si con mi trabajo puedo mantener honradamente a una familia?—le respondió Asbeas—. ¿Por qué no ha de haber una joven que quiera ser esposa

del zapatero del bazar y madre de sus hijos?

—¿Por qué no te compras primero un espejo para ver tu cara de mono—le contestó el joyero— y renuncias después a un proyecto que ha de convertirte en la irrisión de toda la ciudad?

Pero Asbeas contestó impasible a su hermano:

—¿Me calificas tú de mono ridículo, siendo los dos hijos de la misma madre, y aun me niegas la cualidad de ser humano siendo los dos hermanos como somos?

—¿Has venido aquí para insultarme, miserable zapatero?—gritó Sacaljok enfurecido.

—He venido—repuso Asbeas imperturbable—a pedir lo que es mío. Págame y no te molestaré más; si hoy no puedes, volveré otro día, pero quiero mi dinero. Vine a encontrar a un hermano que me ayudase a tomar esposa, mas, puesto que me he equivocado, hablo sólo al deudor y te exijo lo que me debes.

—Para los miserables como tú no tengo dinero — dijo Sacaljok despreciativamente—. Soy el joyero del rey, y si has hecho calzado para mi familia, deberías, en vez de cobrar-

melo, darme humildamente las gracias por el honor que esto te hace.

Con los ojos llenos de lágrimas, pero con la maldita sonrisa en la boca, se irguió Asbeas dignamente cuanto era posible a su mísera joroba, y dijo con palabra conmovida:

—No tengo la culpa de ser como soy, ni tampoco de ser tu hermano; desde hoy, sin embargo, considero roto este lazo. Te miraré como un extraño, y si aun existe la justicia, la pediré al rey contra ti.

Salió del rico palacio de su hermano y durante largo rato le acompañaron las carcajadas del joyero, que desde la puerta se burlaba aún de él.

No le costó tanto trabajo al zapatero, cobrar las cuentas de sus otros parroquianos, y a los tres días había reunido el dinero preciso para ir a casa de la madre de Gulgín—que así se llamaba la doncella amada por Asbeas— hacer saber a ambas mujeres su proposición, e invitarlas a ir a su tienda en un día previamente fijado.

Cuando Gulgín puso los pies en casa del zapatero, la sonrisa de Asbeas se acentuó,

aunque esta vez era sincera de vivísima alegría. Emocionado y satisfecho, sirvió a las dos mujeres delicados refrescos y dulces exquisitos, presentó a cada una, un par de babuchas que constituían verdaderas obras de arte, pues las de la madre eran de raso negro bordadas en azabache, y las de la hija de raso blanco bordadas en perlas, y cuando creyó llegado el momento, les pidió que fijasen el día de la boda.

La madre de la muchacha, que era una viuda pobre, pero intrigante y ambiciosa, dijo al zapatero que con gusto aceptaba su proposición, si bien no podía disponer sola de la mano de su hija, quien desde la muerte de su padre estaba bajo la tutela de cinco tíos que debían nombrarla su heredera.

La muchacha no pronunciaba palabra en toda la visita; únicamente al apartar el velo con que las mujeres moras cubren su rostro, dejando sólo libres los ojos, para beber o comer algún dulce, su mano temblaba visiblemente. El zapatero lo advirtió, pero atribuyendo esta agitación a la emoción natural que él también sentía, la interpretó a su favor.

Quando ambas mujeres salieron de su tienda, Asbeas estaba tan contento que no podía ni siquiera trabajar. A la mañana siguiente, sin embargo, se aplicó tempranito a su trabajo, soñando con la que ya le parecía su prometida, y poniendo al mismo tiempo en su faena mayor primer que nunca. Se hallaba entregado a los más dulces sueños, cuando le sacaron de ellos cinco ancianos que acababan de detenerse ante la puerta de la tienda.

Eran los tíos de Gulgín. Habían ido a pedir informes del zapatero al hermano rico, al joyero del rey, y éste había aprovechado la ocasión para ridiculizar a su pobre hermano, diciendo cómo Asbeas era tan pobre, que para comprarse un traje decente, había tenido que ir a pedirle prestado algún dinero.

—Jamás hubiera podido soñar—concluyó—que ese ridículo holgazán elevase sus ojos hasta vuestra sobrina. En vuestro lugar, yo le escupiría a la cara por su insolencia. Haced lo que queráis, mas tened en cuenta, que si ese haragán no se ha muerto de hambre hace ya tiempo, sólo es debido a mis socorros.

Los viejos, después de esta visita, se dirigie-



ron a la tienda de Asbeas verdaderamente enfurecidos contra el zapatero. Este, al verlos, dejó el trabajo y les invitó a entrar y a sentarse.

—No podemos entrar en casa de un hombre que se burla de nosotros—dijo el más anciano de los tíos, refiriéndose a la eterna sonrisa del pobre zapatero.

—Burla es, e insolencia—añadió el segundo tío— que un mísero holgazán, jorobado y feo como un mono, pretenda a la más hermosa muchacha de la ciudad, que cualquier día puede ser pedida en matrimonio por un rico como el joyero del rey, por ejemplo.

—Además de que esa muchacha hermosa y solicitada es nuestra heredera, señor zapatero miserable—añadió el tercer tutor.

—¿Cómo pudo imaginar que íbamos a darle semejante joya un individuo de quien su propio hermano dice que no es sino un mendigo que continuamente le molesta porque no tiene pan que llevarse a la boca?—preguntó el cuarto viejo.

—Acaso el ridículo zapatero contaba con nuestra sobrina para mendigar por él—dijo el quinto, por decir algo.

—No perdamos más tiempo con este desvergonzado que merecería que lo ahorcaran a la puerta de su tienda. Vámonos, hermanos—dijo el mayor de los cinco viejos.

Y, en efecto, se fueron todos. Tan rápidamente fueron dichos todos estos insultos, que el pobre zapatero no tuvo tiempo siquiera de contestar. Cuando quiso hacerlo, los viejos estaban ya a respetable distancia. El furor más violento se apoderó entonces de su alma bondadosa, corrió tras de los ancianos, y alcanzándolos al fin les detuvo diciendo:

—Nunca he querido ser sino un pobre artesano que vive honradamente con el trabajo de sus manos, mas si queréis ser justos, preguntad en todo el bazar, y os dirán que no hay zapatero que trabaje más y mejor que Asbeas, así como también que hay más de cincuenta mercaderes que ganan menos que yo, y, sin embargo, mantienen cumplidamente a su familia. Por ello jamás he tenido que pedir limosna, gracias a Dios, y, en cambio, la he dado muchas veces. Si no me queréis dar a vuestra sobrina, o si ella no me ama, podíais habérmelo dicho, sin necesidad de insultarme.

Mas tened presente lo que dice el profeta : «Llegará un día en que los que hoy gritan ¡ culpable ! pidan clemencia postrados de rodillas.».

Los viejos, que en el primer momento se detuvieron sorprendidos en mitad de la calle, habían proseguido su camino. Asbeas volvió, pues, a su tienda, se encerró en ella y en toda la noche no dejó de pensar en Gulgín y soñar con los groseros tíos.

Pero Asbeas, de natural alegre y resignado no podía cobijar largo tiempo el dolor en su pecho. Al día siguiente estaba arrepentido de su arranque de furor y de su debilidad ante las contrariedades que Alá le enviaba. Pensó que antes que casarse con la muchacha, y ser acaso despreciado por todos sus parientes, estaba mejor picando suela en medio del bazar. Y desechó las cavilaciones y su martillo volvió a repiquetear con tanta alegría como antes.

* * *

Queda dicho que Asbeas, tenía su tienda en el cruce de las dos calles principales. Este

cruce quedaba más bajo que el resto de las dos calles, y cuando llovía fuerte, las aguas lo inundaban formando un verdadero lago. Para facilitar el paso, alguien había colocado allí, desde tiempo inmemorial, grandes piedras a modo de pasadera.

Todos los viernes, cuando iba desde palacio a la mezquita, solía pasar por allí el rey usurpador. Dió la casualidad que cierto viernes, a poco de haber desistido Asbeas de sus proyectos amorosos llovió copiosamente hasta cubrir ante la tienda del zapatero, las piedras de la pasadera. Llegaba el rey allí precedido de su cuantioso séquito cuando el caballo del monarca dió un paso en falso, y cayendo de rodillas, arrojó al rey en medio del gran charco de agua fangosa que se había formado en aquel sitio. Se aglomeró la gente, y estando próximo al lugar del sucedido, acudió el zapatero deseoso de prestar los auxilios que fueran necesarios. Se levantaba en aquel instante el rey, mojado como una sopa, y cubierto de barro ; se enjugaba el rostro y abría los ojos, cuando lo primero que vió fué al infeliz Asbeas que le miraba en realidad atónito,

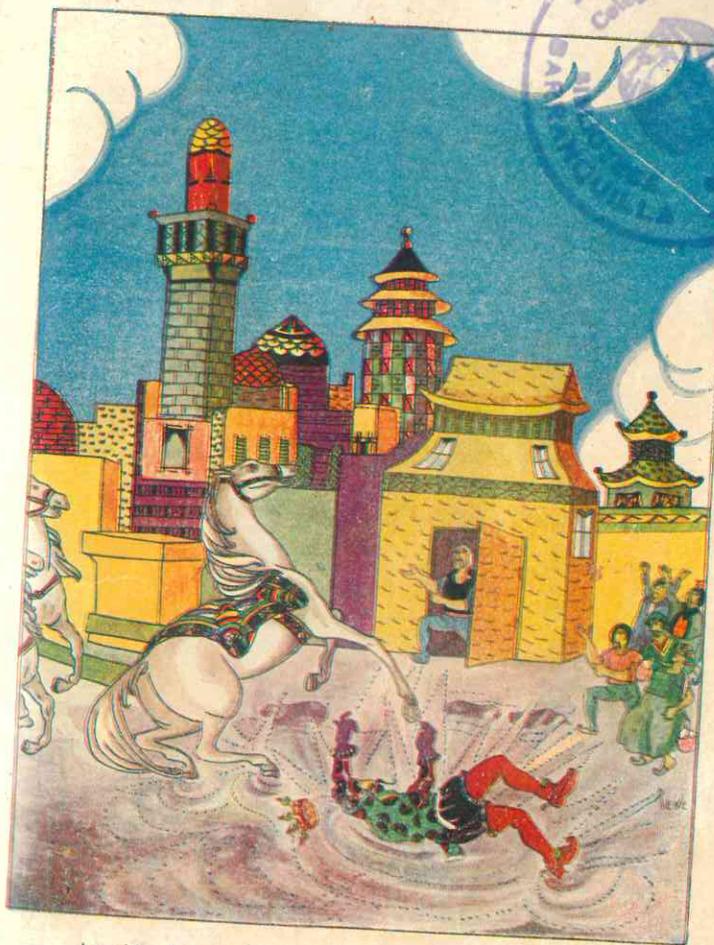
pero con su eterna sonrisa en los labios. Enfurecido el rey y deseoso de desahogar su ira, gritó con violencia:

—¡Aquí, soldados de mi guardia! ¡Romped los huesos a ese infame que se burla de su soberano! Arrancad la lengua de ese vil y arrojadla a los perros antes de que pueda prestar palabra a su burla insolente.

No había concluido de hablar, cuando los sayones que acompañaban al feroz sultán, cogieron al desgraciado zapatero, le ataron y le colgaron cabeza abajo en la puerta abierta de la tienda. Mientras el rey se cambiaba allí mismo de ropa, poniéndose la que precipitadamente le habían traído de palacio, los soldados apaleaban al zapatero. Cuando el rey terminó de vestirse, deseoso de llegar cuanto antes a la mezquita, ordenó de nuevo:

—¡Basta! dejadle ahí colgado y seguidme.

Se alejó el séquito camino del templo y la desdichada víctima de su cara risueña y de la ferocidad del sultán, quedó allí en la situación más cruel que pueda imaginarse. Muchas gentes pasaron por delante de él, pero nadie se atrevió a prestarle auxilio, pues todos te-



...Arrojó al rey en medio del gran charco.



mían el castigo del tirano. Ni aun los más amigos del zapatero se atrevieron a poner sobre él sus manos para libertarle.

Sin embargo, entre tantos cobardes, hubo al fin un valiente. Fué un soldado de la guardia de palacio, joven apuesto y arrogante que se había quedado rezagado, y a toda prisa, montado en su caballo, pasaba por allí para reunirse a la escolta del monarca... Mas al ver aquel hombre allí colgado, medio muerto, no vaciló un momento, se detuvo, saltó del caballo, cortó la cuerda de que colgaba Asbeas, sostuvo el cuerpo desmayado del zapatero y le entró en su tienda, prestándole los primeros auxilios.

Roto el hielo, los mercaderes de la vecindad, que apreciaban mucho al zapatero, entraron también en la tienda, y cuando Asbeas hubo vuelto en sí, su salvador, viéndole ya tan bien acompañado, se despidió del zapatero, y le prometió volver a verle en cuanto las obligaciones del servicio se lo permitieran. No vió el valeroso joven, que un espía del rey lo había observado todo, y antes de que él llegase a unirse con el séquito el sultán ordenaba que

en recompensa de su buena acción, se le detuviera y arrojaran a un oscuro calabozo. Por ello Asbeas esperó en vano la vuelta de su salvador para darle las gracias, y aun cuando sus vecinos le cuidaron tan bien, que al cabo de pocos días pudo dedicarse de nuevo a su trabajo, no cesaba de pensar en el abnegado joven a quien debía casi la vida.

Cada vez que se sentaba a la puerta de su tienda para trabajar en su oficio, miraba, sin embargo, con tristeza las piedras de la pasadera, y cada vez que un transeúnte tropezaba en ellas y dejaba oír una exclamación de dolor, cosa que sucedía continuamente, el zapatero sentía erizársele los cabellos. Poco a poco, una firme decisión fué triunfando en su espíritu, y resolvió quitar de allí, por lo menos la piedra que estaba más cercana a su tienda.

Se formó un plan, y cierta tarde juróse que aun siendo tan pequeño y débil, no saldría el sol del día siguiente, sin que hubiera arrancado de allí, la causa de su amarga desgracia.

En efecto, aguardó a que todos los mercados hubiesen cerrado sus tiendas, y cuando en el bazar reinó la más profunda obscuridad,



—Son inútiles tus súplicas.

REPUBLICA DE COLOMBIA
 Calle de Barranquilla para Sederica
 BIBLIOTECA
 BARRANQUILLA

*Busca en esta
libro a la biblioteca
de Barranquilla para
que*



aguardó detrás de la puerta entornada de su casa, el momento en que hubiese pasado el sereno que por las azoteas de las tiendas vigilaba las calles.

Llegado el momento oportuno salió el zapatero con un azadón y una pala en la mano, colocó un farolillo a la puerta de su tienda y, a la débil luz, comenzó a trabajar. El corazón le latía como si fuera a cometer un crimen. Pero sabiendo que el sereno pasaba cada hora, y creyendo que en menos de sesenta minutos podría arrancar de allí la piedra, comenzó a trabajar con tanto ahinco, que pronto el sudor corrió por todo su cuerpo. Ahondaba, ahondaba, separaba de cuando en cuando la tierra con la pala y, sin embargo, no podía llegar a su extremo inferior. Así debieron pasar muchas horas, pues los pasos del sereno se habían dejado oír varias veces. Cuando esto ocurría, Asbeas metíase en su tienda, tapaba el farolillo y luego volvía a deslizarse fuera, y continuaba con afán el trabajo interrumpido. Era cerca del alba, cuando sintió que había llegado al extremo de la piedra, que era más que piedra una larga columna. Entonces com-



prendió que ni él solo ni seis hombres más fuertes que él, serían capaces de sacar la piedra sin valerse de aparatos adecuados. Con desaliento y algo de espanto, dió un empujón a la piedra y vió que se movía con facilidad; abrazándola como para convencerse de que sus fuerzas no le bastaban, sintió que la piedra se levantaba, tiró hacia arriba, y la piedra siguió su impulso como si fuera de corcho. El zapatero arrojó la columna lejos de sí pensando que aquello parecía cosa de magia.

Tomando el farol, miró en el fondo del hueco que la piedra había ocupado, y vió relucir algo metálico, bajó al instante, y encontró una llave que le pareció de oro; la arrimó cuanto pudo a la débil luz del farolillo, y vió que tenía una inscripción que rezaba: «Sígueme».

—Vaya una ocurrencia—se dijo—. ¿Cómo puede seguirse a una llave?

La metió en su cinturón y tomó la pala para rellenar a toda prisa el hueco antes de que pasara el sereno, cuando se sintió arrebatado por una fuerza invisible que le impulsaba hacia delante, sin que él fuese dueño de detenerse ni volver atrás. Sus piernas corrían, corrían,

moviéndose como las aspas de un molino, y casi en un abrir y cerrar de ojos, dejó atrás la ciudad, pasó rasando los campos como las golondrinas cuando amenaza tempestad. Dijérase que tenía alas en los pies, y así, volando más que andando, fué en dirección a las montañas llamadas de Hierro, donde quedó parado delante de una puerta de piedra.

Siempre impulsado por aquella potencia invisible, Asbeas sacó sin saber lo que hacía, la llave de oro del cinturón, y como si la misma llave le guiara, la metió en un agujero de la piedra, le dió vueltas y vueltas, y súbitamente la puerta giró sobre sus goznes. Entonces se oyó un gran estrépito, como si grandes mazas multiplicadas por millares de millares, golpearan enormes planchas de hierro. Era un ruido estridente, que hacía vibrar el aire en cientos y miles de leguas de distancias, que ahuyentaba las fieras y las hacía correr sin que supieran dónde meterse.

En el instante mismo en que se abrió la puerta de piedra, Asbeas cayó al suelo sin sentido, como herido por el rayo.

Largo rato permaneció Asbeas sin sentido.

Al volver en sí, y abrir los ojos, no vió sino tinieblas, mas el mismo impulso que hasta allí le había llevado, le atrajo hacia el interior, haciéndole bajar infinidad de escalones que iba distinguiendo a medida que sus ojos se acostumbraban a la obscuridad. Así llegó a un inmenso salón cuyo suelo, paredes y bóveda, eran de acero bruñido. Era un lugar inmenso, en torno al cual veíanse más de cien puertas cerradas que debían, sin duda, conducir a otros salones semejantes. Sin saber lo que hacía, Asbeas avanzó hacia el centro de la inmensa estancia, donde vió un grandísimo bloque de hierro. Para ver mejor lo que había en torno se encaramó en él y apenas estuvo arriba, sintió resonar en torno suyo y en todas direcciones, un espantoso ruido de armas.

Todas las puertas se abrieron, y de cada una salió una interminable fila de guerreros cubiertos de hierro y armados hasta los dientes. Los jefes de cada una de las columnas, se detuvieron alrededor del bloque y saludaron al zapatero como a su general. Después se retiraron unos cuantos pasos y formando ancho círculo quedaron aguardando órdenes. Se es-

cuchó entonces un nuevo ruido subterráneo; junto al bloque, se abrió el suelo y salió por él un gigante todo cubierto también de reluciente armadura. Colocado en frente del zapatero y saludándole también con su sable colosal, dijo con voz respetuosa, pero atronadora:

—Aguardamos tus órdenes, dueño de la llave de oro y señor nuestro. Hora es de que castigues la tiranía y la crueldad.

El pobre zapatero estaba que no sabía lo que le pasaba. Apenas podía comprender lo que significaban todas aquellas maravillas, cuando unos cuantos guerreros dejaron una litera también de acero ante el bloque, y el gigante le invitó a tomar asiento en ella.

Siempre impulsado por una fuerza superior a su voluntad, Asbeas hizo lo que el gigante le indicara; unos cuantos de aquellos guerreros tomaron la litera sobre sus hombros, y seguidos de todos los demás, salieron de la montaña y emprendieron la ruta hacia la ciudad. Nadie pronunció ya ni una sola palabra, y sólo se escuchó el paso firme y sonoro de los hombres cubiertos de hierro.

Numerosos fueron a la mañana siguiente

los grupos que se formaron en la calle comercial de la ciudad; los mercaderes llegaban para abrir sus tiendas, mas no lo hacían para ir a reunirse junto a la piedra arrancada y el hoyo que quedaba al lado. Nadie comprendía aquel enigma, y se preguntaban vanamente, quién podía haber hecho en una sola noche trabajo tan enorme. Como la piedra o columna era un estorbo en medio de la calle, seis hombres de los más robustos, trataron de arrastrarla de nuevo hacia el hueco que había ocupado, pero todo fué inútil. Entonces uno de los más viejos mercaderes, el anciano Ibrahim dijo riendo a los demás:

—Es inútil que os canséis. Yo estaba presente cuando fué colocada esa piedra en la pasadera; se necesitaron para acarrearla, cuatro bueyes enormes, y cuando estuvo hecho el hoyo en que había de descansar, nuestro buen rey, hoy despojado de su trono, bajó en persona a inspeccionar el fondo del hueco, antes de dar la señal para que la piedra fuese bajada. Es una ceremonia que recordaré toda mi vida, pues resultó de verdad imponente.

Como el viejo Ibrahim era hombre digno y

que jamás en su vida había manchado sus labios con la sombra de una mentira, los que le escuchaban, renunciaron por lo pronto a mover la piedra. En aquel momento, uno de los mercaderes observó que la puerta de la tienda del zapatero no estaba sino entornada. Entraron en la tienda varios vecinos, y no tardaron en encontrar el farolillo sin aceite, y con la torcida gastada y todavía caliente. Como junto al hoyo habían encontrado el azadón y la pala, enlazaron todos estos datos y se asombraron cada vez más, pues no había ni que pensar que el enclenque zapatero hubiera realizado trabajo tan superior a sus fuerzas.

De todos modos como Asbeas no aparecía, se le buscó por todas partes y se envió recado a casa de sus conocidos, y parientes, tratando de descubrir su paradero. Todo fué inútil, y cuando cada uno se disponía a volver a su trabajo, resonó aquel estruendo terrible del mazo de hierro dando contra la campana mágica. El mismo estruendo que había hecho caer al infeliz Asbeas sin sentido, al abrirse la puerta de la montaña.

Tal fué el estruendo y la conmoción por

él causada, que las gentes caían al suelo lo mismo que Asbeas había caído, y todos se estremecían y quedaban sin sentido después. Sólo el viejo Ibrahím, el que acababa de explicar su presencia en el bazar, el día de la colocación de las piedras de la pasadera, permaneció en pie y elevó los brazos al cielo exclamando:

Dios sea bendito. Esa es la señal de que la tiranía y la crueldad han llegado a su fin, y pronto vendrá quien juzgue a los infames.

A todo esto el rey tirano se hallaba sentado como todos los días en su trono, rodeado de los magnates y cortesanos. Junto al trono, estaban el gran visir y el poeta de la corte.

El rey estaba de pésimo humor. Había pasado muy mala noche, imaginando oír un ruido subterráneo como si alguien trabajase debajo del palacio con un azadón y una pala. A cada momento había enviado a sus servidores a averiguar de donde procedía aquel ruido; pero todas las pesquisas fueron inútiles y nadie, sino el rey cuando empezaba a quedarse dormido, escuchaba rumor semejante. Por la mañana, cuando el día ya despuntaba, se quedó dor-

mido, para despertarse a los pocos momentos dando grandes voces aterrorizadas.

—¡ Están derribando mi trono! ¡ Corred y veréis cómo está ya hundido y destrozado! Lo he visto con mis ojos y lo he escuchado con mis oídos.

La noticia de que el trono seguía como siempre colocado en su sitio de la gran sala del consejo, tranquilizó un tanto al monarca, quien haciendo un gran esfuerzo sobre sus temores, se levantó y vistió y fué a celebrar la acostumbrada audiencia.

Al explicar a los cortesanos los ensueños terribles de aquella noche, todos contestaron con las más halagadoras palabras, y con las exageraciones propias de la naturaleza y el estilo oriental. El poeta de la corte dijo haciendo profundas reverencias y pronunciando sus frases con grande y ridículo éxtasis:

—¡ Oh, sol del universo! ¿Cómo puede temer nada un monarca tan grande que ante él se inclinan los astros del firmamento, sumisos a su más leve orden y a su más insignificante deseo? Los cielos y la tierra te protegen,

¡oh rey! y antes será derribado el sol de su trono, que tú puedas serlo del tuyo.

Acababa precisamente el poeta de pronunciar estas estúpidas frases, cuando resonó el estrépito formidable que tanto había de conmover a toda la comarca. El rey, como todos sus súbditos, cayó en tierra, exclamando:

—¡ Señor, señor, misericordia!

Y todos clamaron como él, porque ninguno tenía limpia la conciencia. El primero en ponerse de pie, fué el gran visir, porque era bueno y justo y encontró en aquella ocasión palabras elocuentes para decir así al tirano:

—He aquí señor, la hora de que tantas veces te he hablado; la hora en que el martillo de hierro había de dar contra la campana misteriosa anunciando un peligro terrible. Ese peligro amenaza, sin duda alguna, tu trono y tu persona. Levántate, pues, y convoca tus ejércitos.

Al temor que sentía el monarca, se sobrepuso la soberbia, y levantándose tembloroso aún pero indignado, contestó así al gran visir.

—¿Qué tiene que ver mi ejército con esto?

¿No se te ocurre otro consuelo para tu amo y señor, perro miserable?

Pero el gran visir continuó hablando sin reparar siquiera en las duras palabras del tirano. *X e armct*

—Una profecía de tiempos lejanos—dijo— *ato-*
asegura poderosísimo señor, que cuando la campana deja oír semejante estruendo, es porque por la parte de las montañas de hierro viene hacia nosotros un ejército enemigo y poderoso. Por eso te suplico de nuevo que llames a las armas a todos tus guerreros.

—Te repito que dejes a mis guerreros en paz—dijo el monarca pálido de rabia y de miedo—. En este momento no tengo otro enemigo a quien hacer la guerra que aquel que me da consejos inútiles y estúpidos—y dirigiéndose a los esclavos que permanecían inmóviles junto a la pared, añadió: —¡ Esclavos míos! Arrojad a un calabozo a ese traidor.

Inmediatamente fué ejecutada la orden. Arrastrado por los esclavos salió de la sala el gran visir, y el poeta de la corte haciendo una reverencia con la que llegó a tocar el suelo con la frente, volvió de nuevo a su vacía charla.

✕—Bien has hecho lo centro del universo y envidia del sol y de la luna! en alejar de tu presencia a ese estúpido cobarde. Nada puede causarte miedo, pues que tienes en tu tesoro más oro, plata y piedras preciosas que jamás han visto ojos mortales. Tu cetro es semejante al del mismo Señor de vidas y muertos, y...

Llegaba el poeta aquí en sus adulaciones, cuando, sin anunciarse, entró en la sala un vigía, que cubierto de polvo y pálido como la muerte, anunció, casi sin aliento, estas palabras:

—Un ejército innumerable de guerreros cubiertos de hierro se acerca a la ciudad, poderoso señor. Tanto es el polvo que levanta, que oscurece el sol, y el choque de sus armas ensordece los oídos. Yo estaba de guardia a la puerta de la ciudad, y vengo corriendo a dar esta noticia.

Se indignó el rey ante aquella insistencia. Ya los esclavos se apoderaban del mensajero para encarcelarlo, cuando el soldado gritó con voz firme:

—La puerta está cerrada y el jefe de la

fuerza me envía a decirte que convoques inmediatamente a todos los hombres de tu ejército, para marchar contra el enemigo. El hará cuanto le sea posible para defender las puertas hasta que se hayan armado los hombres de la ciudad, pero cree que será inútil su resistencia.

Estas palabras parecieron más decisivas a los cortesanos y aun al mismo monarca. Como corroborándolas, en aquel momento llegaba el pueblo en masa llenando las cercanías de palacio y tratando de entrar en él para pedir las llaves de los depósitos de armas. Un solo hombre en toda la corte había conservado su serenidad: era éste el gran visir... que en aquel instante yacía en triste calabozo.

* * *

Pronto estuvieron los ejércitos del rey reunidos y preparados, y el monarca que quiso ir a su frente, mandó fanfarrón, abrir las puertas, salir a su gente y aguardar la llegada del enemigo.

No tardó éste en presentarse y comenzar el ataque, y entonces los de la ciudad pudieron ver una nueva maravilla. Fué esta que los sa-
bles y lanzas del ejército del rey, se despen-



dían de sus dueños y volaban hacia los enemigos, a cuyas armaduras quedaban pegados. Y era que todas las armaduras de los guerreros de la montaña, estaban imantadas, por lo que todos los hierros volaban hacia ellas. En los primeros momentos, nadie pudo darse cuenta de lo que sucedía, pero el caso fué que las tropas del rey quedaron desarmadas y perplejas, que el pánico se apoderó de todos y que no tardaron en darse a la fuga. El rey cayó desmayado del susto y algunos cortesanos fieles le alejaron de allí dándole por muerto.

Los soldados de la montaña continuaron su marcha hacia la puerta de la ciudad. Esta había sido cerrada de nuevo, pero al acercarse los guerreros, las pesadas hojas se salieron de sus goznes y volaron por el aire como plumas hacia los hombres cubiertos de acero; porque la puerta era de hierro también. Nada se opuso, pues, a la entrada en la ciudad del ejército siempre precedido por Asbeas en su litera. No encontrando resistencia alguna, dieron la vuelta a la ciudad, y al fin, se dirigieron al palacio, entraron en él y sentaron en el trono vacío al zapatero.

Carlos

Ya las gentes de la ciudad, y especialmente los mercaderes, habían creído notar en aquel rey que iba en la litera de hierro, una semejanza sorprendente con el zapatero del bazar. Lo mismo en la expresión de risita burlesca, que en la barba blanquecina, que en la espalda un tanto jorobada. El rumor fué aumentando, aumentando, hasta llegar al platero del rey, el orgulloso hermano de Asbeas, quien quedó aterrado y aunque se esforzó en sonreír, apenas si pudo dominar el pánico que le poseía.

—¿Quién ha propalado semejante locura?
¿Cómo mi infeliz hermano puede ser rey de los guerreros de la montaña, Eso es un absurdo y quiero convencerme por mis ojos de ello.

Pero mientras se envolvía la cabeza en un viejo chal disfrazándose de hombre del pueblo, para no ser conocido, decía para sus adentros:

—¿Y si fuera posible? ¡Desdichado de mí entonces!

También los cinco hermanos tutores de Gulgín, sintieron cierto temor al saber la noticia. En tanto, a los pies del zapatero, vestido to-

avía con sus ropas sucias de trabajo, estaban prosternadas las más altas personalidades de la corte. El infeliz no sabía lo que le pasaba, y gruesas gotas de sudor humedecían su frente, cuando el gigante, doblando ante él la rodilla, habló así:

—Alá te conceda larga vida y dicha sin cuento, mi señor y dueño. He aquí la llave de oro, la llave mágica con la cual puedes llamarnos siempre que desees que vengamos a cumplir tus órdenes. Ahora los hombres de la montaña de hierro, han cumplido su misión. Adiós.

Se inclinó el zapatero rey a recoger la llave que el gigante había colocado en el rico almohadón que había a los pies del trono. Cuando de nuevo alzó la cabeza, el gigante y sus hombres habían desaparecido como si sólo fueran personajes de un sueño. No era sueño, sin embargo, la presencia de Asbeas sentado en el trono, rodeado del esplendor de la corte y de multitud de gentes que aguardaban sus órdenes. En larga procesión entraron todos los altos dignatarios, y al pasar por delante del zapatero, tocaron con la frente el suelo, y fue-

ron a ocupar sus asientos. Se oyó una dulce música y el gran visir, que había sido sacado del calabozo en el último instante de la contienda, se acercó al trono, hizo también una profunda reverencia, y dijo:

—Yo, el más humilde de tus esclavos, he de comunicarte, poderosísimo rey, la alegría inmensa que siente tu pueblo al verte sentado en este trono para bien del reino. Dígnate, pues, permitir que los funcionarios a quienes corresponde tal tarea te vistan los ropajes reales y te ciñan la espada de la justicia para que te presentes al pueblo con toda la dignidad real.

Todos los que allí estaban, aclamaron estas palabras, y el zapatero, que no estaba muy seguro de lo que sus oídos escuchaban, hizo señá al gran visir de que se acercara:

—Dime: ¿quién soy yo?

—Nuestro dueño y señor; nuestro amadísimo monarca—contestó el cortesano.

—¿Y es verdad todo cuanto dices y todo cuanto veo?

—Lo juro como todos los presentes pueden jurarlo.

Asbeas se encogió de hombros sin acabar de convencerse, y se acercaba el decano de los teólogos con una magnífica espada que se disponía ceñir a la cintura nada gentil del nuevo rey, cuando éste exclamó:

—¿Dónde está el monarca que hasta ahora se ha sentado en este trono? Yo no quiero despojar a nadie, y por lo tanto, la primera orden que doy, es que se busque al antiguo rey y se le traiga aquí, para ver si da su consentimiento o hace valer sus derechos.

Era tan firme y decidido el tono con que Asbeas pronunció estas palabras, que inmediatamente se cumplió su mandato. Multitud de emisarios buscaron al rey destronado por toda la ciudad y los alrededores; se registró el palacio pero todo fué inútil. Por último, algunas personas juraron sobre el Corán, que habían visto a los hombres de la montaña, subir al rey vencido en la litera de hierro y llevárselo camino de sus cuevas.

Tranquilizado Asbeas, no puso resistencia a que los funcionarios palatinos le pusieran las vestiduras reales y con todas las ceremonias de ritual le ciñesen la espada. Después así vesti-

do, y llevando a un lado al gran visir y al otro al poeta de la corte, salió al balcón y se mostró al pueblo. El heraldo dijo entonces a la multitud:

—Gracias podemos dar a Alá, por haber sentado en el trono de nuestro reino a Asbeas, fundador de una nueva dinastía que deseamos reine sobre este país por los siglos de los siglos.

El pueblo, aclamó al nuevo monarca y apenas se hizo el silencio, se adelantó el poeta de la corte, quien dirigió a la multitud un discurso en términos ridículos expresión de la adulación más descarada. Entre otras cosas dijo:

—Nuestro nuevo monarca pertenece a la familia real más poderosa célebre y antigua del mundo, tanto, que se dice si tiene su origen en el mismísimo Mahoma.

Hizo el rey un gesto de disgusto y cuando de nuevo estuvieron en la sala del trono, llamó al poeta y le dijo delante de todo el mundo:

—¿Sabes grandísimo majadero las tonterías que has soltado en un minuto? ¿Cómo te has atrevido a pregonar delante de mi pueblo, que yo desciendo de reyes ni de dioses? Yo

soy hijo del curtidor Mustafá, que era a su vez hijo de Alí el barbero. En adelante, no quiero escuchar en mi corte semejantes estupideces ni en verso ni en prosa. No quiero que en mi reino se digan sino cosas racionales y en lenguaje que todo el mundo entienda. Como tu oficio por lo visto, no es otro que este de decir tonterías, desde este momento quedas despedido. Todo lo que haya de decir a mis súbditos, se lo diré yo mismo con sencillez, claridad y llaneza. X

El asombro de los cortesanos fué enorme. No podían comprender a un rey que no demostraba ningún interés en ser descendiente de reyes, y que declaraba delante de todo el mundo, que su padre había sido curtidor y su abuelo barbero. Pero sus sorpresas no habían acabado. Apenas salió el poeta, entró el encargado del harén, y haciendo una profunda reverencia, habló así al monarca:

Centenares de mujeres, jóvenes y hermosas, aguardan ¡oh poderosísimo monarca! el instante feliz en que tendrán la dicha de que el nuevo sol que resplandece en el trono con-

ceda siquiera una mirada que sirva de alivio a sus enamorados corazones.

Ante tamaña majadería, el pobre zapatero no pudo reprimirse. Indignado exclamó de modo que todos le pudieran oír:

—¿Qué monserga es esa? ¿Cómo puedes decir que centenares de mujeres, jóvenes y bellas aguardan enamoradas que yo las mire? Debes ser sordo o tonto, pues no te das por enterado de que en mi corte no quiero adulaciones. Sea una cosa o la otra no te necesito y quedas por tanto distituído. En cuanto a los centenares de mujeres enamoradas que me están aguardando, quedan en libertad y pueden ir desde ahora mismo a buscar el marido que más les convenga.

Por este mismo orden el monarca continuó dando audiencia a cuantos se la pedían, y cuando hubo terminado con todos y se quedó solo con el gran visir, pidió a éste que le relatará puntualmente, cuáles eran sus obligaciones, pues él no sabía sino las de zapatero, no las de rey.

El gran visir, con la mejor voluntad del mundo, le explicó todas las ceremonias practi-

cadras por los reyes que le habían precedido y el vestuario que debía usar según las diferentes ocasiones. El modo de salir y de entrar, de sentarse y levantarse, de dar audiencia, recibir embajadores, y, en fin, otras mil cosas por el estilo. Cuando más enfrascado estaba en su peorata, Asbeas le interrumpió diciendo:

—Todo eso será muy santo y bueno, amigo mío; pero a mí me parece que lo principal no son las etiquetas de la corte, sino el modo de hacer justicia a los que la piden y la necesitan. Y por eso voy a cumplir desde este mismo instante con ese deber.

El gran visir se inclinó profundamente, pues como era hombre de talento, no se le ocultaba el buen sentido que revelaban las palabras del antiguo zapatero. Este continuó:

—Entre la multitud reunida delante de palacio, he podido ver a mi hermano Sacaljok. Va disfrazado de hombre del pueblo y un chal viejo le sirve de turbante. Pero yo le he reconocido perfectamente y quiero que lo busques y lo traigas a mi presencia. También quiero que vengan a verme cinco hermanos ancianos y amigos de Sacaljok, tíos de una joven que

se llama Gulgín. Asimismo quisiera saber inmediatamente, cuál ha sido la suerte de un joven soldado de la guardia de palacio, cuyo nombre ignoro, pero al que estoy muy agradecido, y que a pesar de todos mis esfuerzos no le he visto entre los soldados de servicio.

—Este soldado es sin duda Codabad—dijo el gran visir rápidamente—. Hace muchas semanas que está encerrado en un calabozo por haber seguido los impulsos de su alma caritativa.

Ordenó el nuevo sultán que se pusiera inmediatamente en libertad al caritativo joven y el gran visir salió para cumplir las órdenes recibidas, pensando, complacido, que a pesar de su corta estatura, de sus piernas estevadas y su espalda gibosa, el nuevo monarca era de la madera que se hacen los buenos gobernantes.

Momentos después el oficial de guardia en la puerta de la sala del trono, anunciaba a Sacaljok, el joyero del rey.

Antes de pasar la puerta, el joyero se inclinó profundamente, besó el suelo y puesto otra vez de pie aguardó en actitud humilde las órdenes del monarca. Este permaneció silen-

cioso un buen rato, sosteniendo en su interior tan violenta lucha, que hasta la sonrisa que le era habitual, desapareció por unos momentos de sus labios. Sin embargo, la recobró al fin para decir:

—He aquí, Sacaljok, que porque así lo ha querido Alá, yo soy en este momento tu señor y dueño, y tú estás temblando delante de mí como un criminal. Si te hubieses portado conmigo como un hermano mayor y rico debe hacerlo con el hermano menor y pobre, tu situación sería muy distinta. Al saber mi fortuna, habrías acudido gozoso y apresurado a felicitarme por mi elevación al trono, felicitándote también por ser hermano del rey. La alegría y el orgullo llenarían tu corazón que ahora está repleto de ira, de temor y de vergüenza. ¡Quiera Alá que de estos tres sentimientos sea la vergüenza el más fuerte!

Permanecieron un momento el soberano y el vasallo mirándose en silencio. El joyero del rey, disfrazado todavía con su atavío de hombre pobre, no pudo resistir la mirada de su hermano y bajó los ojos al suelo.

Asbeas continuó:

—Hasta ahora te ha hablado el hermano ofendido, ahora va a hablarte el zapatero. En los cuatro años que he trabajado para ti y para los tuyos, sólo me has pagado con groserías y calumnias infames. Ahora te reclamo mi dinero, y si no me pagas inmediatamente, haré caer sobre ti el peso de la ley.

El joyero al oír esto suspiró aliviado, pues creía que pagando su deuda quedaría libre de todo otro castigo, y depositando a los pies del monarca, una bolsa repleta de monedas de oro, dijo:

—Nada puede desear tu esclavo, ¡oh poderosísimo señor! como tener ocasión de saldar su deuda. Pero siendo ésta tan insignificante que no merece siquiera ser recordada por un rev, te suplico que aceptes su valor cuadruplicado.

—Sólo pido lo que me pertenece. lo que me negaste cuando yo era pobre y lo necesitaba; cuando no tenía apoyo para obtener justicia. Me debes ciento cincuenta piastras. Esto es lo que te pido ni una moneda más.

Temblando sacó el joyero de la bolsa la cantidad pedida, y tornó a dejarla a los pies del

rey. Su mano temblaba como la hoja en el árbol. Nuevamente Asbeas le miró con fijeza, y después habló así:

—Ahora que han hablado el hermano y el zapatero, te hablará el rey. Si en lugar de ofrecerme el cuádrupo de tu deuda intentando ganarme con dinero la voluntad, hubiese visto yo en tu rostro siquiera un rasgo de arrepentimiento de cariño o ternura te habría alargado la mano del hermano y todo lo que pasó quedaría olvidado. Mas puesto que me es preciso hablarte como rey, como rey te digo: Has sido cruel e injusto para con tu hermano, Sacaljok; te has portado de modo altanero e insolente con un conciudadano tuyo; te has conducido como un cobarde en presencia del rey, creyendo que le sobornarías con mil piastras, por que al saber que era yo el nuevo sultán, has colocado la bolsa con las monedas en tu cinturón al salir de tu casa, sólo con este objeto. Por estos delitos, yo como sultán te condeno a que vayas a instalar tu tienda de zapatero en el bazar, y te ganes allí la vida machacando suela, como hasta ayer lo he hecho yo honradamente. Tu casa y tu fortuna quedan desde

este momento confiscadas por mí, que las guardaré y administraré cuanto tiempo me parezca conveniente. Ve y aprende lo que es ganar el pan cotidiano con el sudor de la frente.

Al oír esto, Sacaljok se echó a llorar con amargura, y arrodillándose exclamó:

—¡Perdón hermano mío! ¡Perdón poderosísimo señor! ¡Perdón para tu esclavo que no sabe el oficio de zapatero ni lo ha aprendido nunca!

—Ya lo aprenderás—dijo el nuevo sultán— Yo tampoco lo sabía cuando comencé.

Los soldados sacaron de allí a viva fuerza al joyero que no cesaba de gemir y llorar. Apenas salió Sacaljok, entraron los cinco hermanos, que inclinándose hasta tocar la frente con el suelo, aguardaron las órdenes del rey.

Asbeas les ordenó que se acercaran, lo que ellos hicieron más muertos que vivos. Entonces el monarca habló así:

—Cuando estuvisteis en mi casa la última vez, después que hubisteis salido, os seguí y pronuncié detrás de vosotros ciertas palabras, que acaso recordéis. ¡Quién había de decir que mi vaticinio se cumpliría tan pronto! He

aquí que ahora estáis frente a mí pidiendo clemencia y recordando con pesar vuestro durísimo trato a un hombre honrado que jamás os hizo daño alguno. ¿No estaría en mi derecho si ahora os tratara del mismo modo que vosotros me tratasteis a mí?

Cubriéndose el rostro con las manos, el más joven de los tíos contestó:

—Reconocemos nuestro mal comportamiento y cualquier castigo que se nos imponga lo consideraremos merecido. Nos confesamos culpables y no nos queda otro recurso que apelar a tu clemencia y a tu bondad.

—No apeláis en vano—dijo Asbeas—porque sé que el motivo de vuestra conducta era sólo el bien de vuestra sobrina, y que además obrabais impulsados por las calumnias que contra mí desató mi hermano. Pero en adelante debéis meditar más vuestras palabras, y cuando no os convenga una proposición, rechazarla sin insultar ni herir a quien os la hace.

Viendo que salían tan bien librados, los viejos no cabían en sí de alegría; se disponían ya a echarse a los pies del sultán para darle las

gracias, cuando el oficial de guardia anunció a Gulgín y a su madre. El sultán despidió a los tíos y dió orden de que entraran la hermana y la sobrina.

Llegaba la joven cubierta con el velo que tan importante parte ocupa en el atavío de las mujeres mahometanas. Asbeas, no obstante, la reconoció, y levantándose del trono en que estaba sentado, fué a su encuentro, la tomó de la mano y le preguntó:

—¿Qué te trae hasta aquí Gulgín? te ruego que no me ocultes nada.

—¡Es la desesperación poderosísimo señor—repuso la vieja sin dejar a su hija tiempo de abrir la boca—la que trae a tus pies a esta desgraciada, pues al perderte ha perdido al sol de su vida, al dueño de su corazón!

—No entiendo—repuso Asbeas—¿qué quiere decir todo eso?

También sin dejar hablar a la joven, contestó la madre:

—Es que mi hija está tan enamorada de ti, señor, desde que tuvo la dicha de verte por primera vez, que ha jurado no pertenecer jamás a otro hombre que a ti.



El primer movimiento de Asbeas fué de inmensa alegría, pero después, reflexionando un instante, se puso en guardia contra las asechanzas de la vieja, y habló así:

—Grande es en verdad la diferencia entre un zapatero y un rey, pero no creo que mi nueva dignidad haya mejorado mi cara de mono ni enderezado mi gibosa espalda. Pero tú no has hablado todavía, Gulgín. ¿Es verdad lo que dice tu madre?

La vieja comenzaba ya uno de sus estúpidos discursos, cuando el monarca la interrumpió:

—Deja que hable tu hija—dijo el rey con severidad. Y luego añadió dirigiéndose a Gulgín—: Habla y dime la causa del pesar que oprime tu corazón.

—Ese pesar, señor—contestó la madre—, es que está perdidamente enamorada de ti y teme perderte ahora que eres rey.

—¡Calla, mujer del diablo o haré que mis soldados te obliguen a callar! Dime tú, Gulgín, ¿qué significan esas lágrimas?

La joven, en efecto, se había echado a llorar y alentada por las cariñosas palabras del

rey, y sin hacer caso de las miradas furibundas que su madre le dirigía, cayó de rodillas y dijo con voz ahogada por los sollozos:

—Perdón, poderosísimo rey, perdóname si antes de que te viese por primera vez, otro hombre era ya dueño de mi corazón.

—¿Qué dices, estúpida embustera?—exclamó la madre sin poder contenerse—. ¿Cómo has de amar a otro, cuando el sol del universo te hace el honor de fijarse en ti? ¿Te has vuelto loca acaso?

El rey, acariciando la cabeza de Gulgín, dijo:

—Gracias, querida niña, por haber tenido confianza en mí diciéndome la verdad. Cuenta siempre con mi protección.

La madre, sin embargo, se empeñaba en desmentir las palabras ingenuas de la joven, ya que no podía salirse con la suya, se acercó a la muchacha para darle un pellizco retorcido y decirle bajito:

—Deja que en casa me las pagarás.

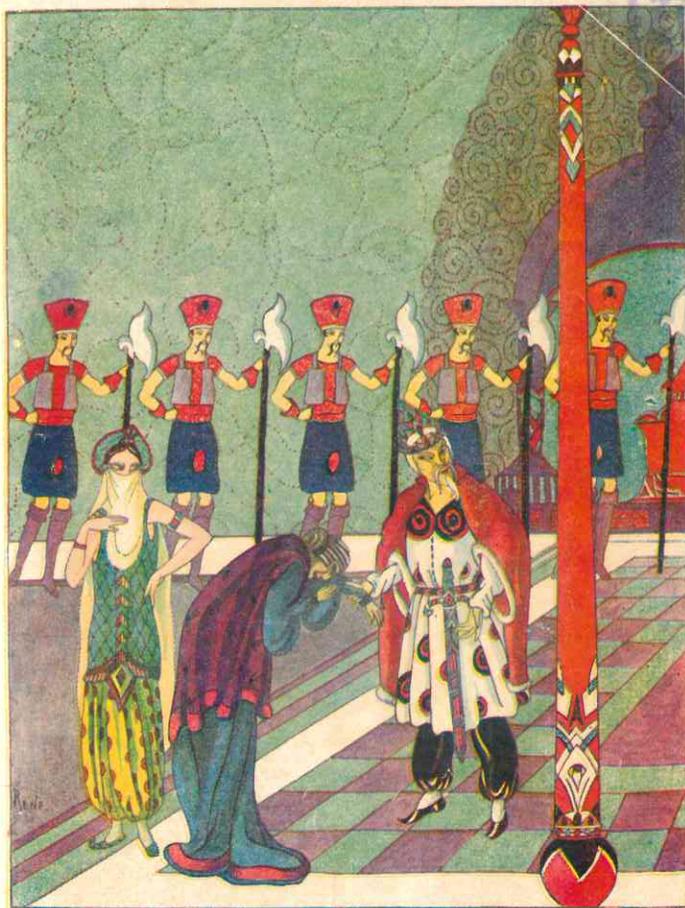
Pero el rey advirtiéndolo, la cogió por el brazo con mano de hierro y le dijo:

—Ten cuidado no vayas a pagar tú ahora

mismo tu lengua embustera y desenfrenada ; ten cuidado que no ordene yo que te pongan un bozal y te arrojen a un calabozo hasta que se te pudra la lengua. Si le tocas un solo cabello a tu hija, o si le pones mala cara siquiera, puedes darte por muerta. Gulgín está desde ahora bajo mi protección, y se casará con el que ella ama. ¿Oyes, mujer de todos los diablos?

Sólo esta fuerte amenaza obligó a callar a la vieja, y a una seña del rey salieron las dos mujeres de la sala del trono. Pocos minutos después, entraba en ella el valeroso soldado que un día salvara al mísero zapatero y que había sido puesto en libertad inmediatamente por orden del nuevo monarca. Sin dejarle tiempo de hacer la reverencia acostumbrada, Asbeas se dirigió a él, le abrazó estrechamente y le condujo al lado del trono, donde le hizo sentar.

—He sabido que gemías en triste calabozo por haberme salvado de la muerte—dijo el sultán—y al instante te he hecho libertar. Quisiera saber cómo puedo premiar tu buena acción, pero antes quisiera saber quién eres.



—Ten cuidado no vayas a pagar...

*esto fue
a Bucaramanga*



El joven, que apenas podía comprender lo que le pasaba, hizo lo posible por serenarse, y con tono respetuoso contestó :

—Nací bajo malos auspicios y no sé quiénes fueron mis padres ni de dónde procedían ni cómo se llamaban. Una vieja esclava me encontró, recién nacido, sobre un lecho de paja y entre una camada de perros. Compadecida de mí, la esclava, me recogió, llevándome a casa de su amo que era un hombre opulento que no tenía hijos y que me adoptó poniéndome por nombre Codabad (1). Me educó como si fuera su propio hijo y lo mismo él que su mujer me trataron con el mejor cariño. Pero al cabo de ocho años, Alá les concedió una hija y entonces la mujer me aborreció y trató tan cruelmente, que muchas veces hubiera padecido hambre, si mi padre adoptivo o la vieja esclava no me hubiesen dado de comer a escondidas. Cuando la niña creció, era ella quien me socorría y también tuve un gran protector en el viejo Ibrahim, que todavía vive. Mas este anciano había sido amigo del sultán a quien tu predecesor hizo asesinar, y por ello

(1) Enviado por Dios.

le fué quitado cuanto poseía, teniendo ahora que vivir míseramente de su oficio de mercader. Cuando murió mi padre adoptivo, la tutela de su mujer y de su hija, que entonces contaba quince años, pasó a manos de cinco hermanos de su mujer. Ella y yo nos amábamos desde niños y al llegar a la juventud, ciframos toda nuestra dicha en casarnos y vivir siempre juntos. Los tíos de la joven me arrojaron de casa, y entonces yo senté plaza en la guardia de palacio. Hará cosa de un año me revestí de todo mi valor y pedí la mano de mi amada a su madre y a sus tíos. Estos me quitaron toda esperanza, mas la doncella me confesó que sólo a mí amaría siempre, y que jamás tendría otro esposo que yo.

Al llegar aquí el joven en su relato, Asbeas levantó las manos al cielo y exclamó:

—Grande es Alá y admirables sus obras—.

Y luego preguntó al caritativo joven:

—¿Y jamás te contó tu novia si algún otro la había pedido en matrimonio?

—Gulgín, mi novia—contestó Codabad—, me dijo, en efecto, que su madre la quería casar con un zapatero del bazar, pero que sus

tíos se oponían a este matrimonio. Ignoro lo que ha sucedido después, pues estos últimos tiempos los he pasado encerrado en el calabozo.

—Pronto saldrá el sol para ti y para la que amas—contestó gozoso el nuevo sultán.

Después de ordenar a sus esclavos que vistieran al joven oficial con todo lujo, y le cñieran una preciosa espada de oro, el monarca ordenó de nuevo al gran visir que Gulgín, su madre y los cinco tíos fueran conducidos a su presencia.

Al llegar todos a la sala del trono y encontrar allí a Codabad vestido con tanta magnificencia, que su varonil hermosura resaltaba como nunca, y al verlo sobre todo sentado junto al rey, no supieron qué pensar. Gozándose en su asombro, Asbeas permaneció un buen rato en silencio y al cabo preguntó a los viejos:

—¿Conocéis a este joven?

—¡Ya lo creo que lo conocemos! Es el esclavo de nuestro difunto cuñado—contestó el más viejo de los hermanos.

—Es aquel a quien recogió una esclava,

recién nacido y arrojado sobre un montón de basura—dijo el segundo.

—En medio de una camada de perros—añadió el tercero.

—Es el atrevido que osó pedir la mano de nuestra sobrina—apuntó el cuarto.

—Es aquel a quien hemos prohibido la entrada en nuestra casa—concluyó el quinto.

Otro momento permaneció el rey silencioso, y, al fin, dirigiéndose a la joven le preguntó:

—Y tú ¿le conoces, Gulgín?

Con voz temblorosa, contestó la muchacha:

—Es el hombre a quien amo desde que abrí los ojos a la luz. Es Codabad, mi hermano adoptivo y mi futuro esposo.

—¿Qué estás diciendo, grandísima loca?—interrumpió la vieja iracunda—. El rey te pregunta si le conoces, no si le amas.

—Calla, bruja maldita y escúchame y que todos me escuchen—dijo el rey indignado—. Este joven ha sido fiel a su amo, fiel a su amor y piadoso con un desgraciado desconocido. No ha temido exponerse a un cruel castigo. Se ha portado como un valiente en la guerra y podrá ser un buen consejero y súbdito fiel

en la paz. A este joven, pues, que es mi mejor amigo, y a quien reservo el primer puesto de mi corte, concedo ahora mismo por esposa a Gulgín, vuestra hija y sobrina. ¿Tenéis algo que oponer?

—Eres ¡oh poderosísimo señor! manantial vivo de sabiduría. Cúmplase como tú lo ordenas—dijeron a una los cinco hermanos.

Y la madre de Gulgín dijo a su vez:

—Nada tiene que oponer la más humilde de tus esclavas.

En cuanto a los dos jóvenes, sentíanse tan dichosos y trastornados, que sólo pudieron expresar su reconocimiento con una mirada de infinita dicha y gratitud.

El reinado de Asbeas distinguíase como reinado de justicia y de bondad. Durante él, la campana mágica de la torre misteriosa, sólo dejaba oír sonidos gratos y dulcísimos, hasta el punto de que los habitantes de la comarca, se acostumbraron a ellos como antes se habían acostumbrado a los desagradables y estridentes del reinado anterior. Las virtudes del nue-



vo sultán le conquistaron pronto el amor, la veneración y fidelidad de todos sus súbditos, que, comparando los tiempos presentes con los pasados, creían haber hallado la fuente de la felicidad.

Los más felices de todos, sin embargo, eran Codabad y Gulgín, a quienes el sultán unió inmediatamente en lazo indisoluble. Cumpliendo su promesa Asbeas, encumbró al joven caritativo hasta el puesto más alto del Estado, o sea el de gran visir, pues el que lo ocupaba hallábase cansado y envejecido por la lucha titánica sostenida durante el reinado anterior. Ni un solo secreto tenía el monarca, que no confiara a su primer ministro... es decir, sí; tenía uno; el secreto de la llave de oro que a veces había estado a punto de comunicarle, impidiéndoselo cualquier suceso imprevisto y repentino.

Cierto día, pasando el rey hacia la mezquita seguido de su séquito y yendo a pie por no ser aficionado ni hábil en montar a caballo, atravesó el bazar y vió a su hermano Sacaljok sentado en el taburete de zapatero y ocupadísimo en coser una babucha. El monarca se

detuvo y tan entretenido estaba el otro en su tarea, que no pareció darse cuenta de su presencia hasta que el rey habló:

—Me alegro hermano mío de verte tan afeitado en tu trabajo, pues ello me prueba que te adaptas a todas las situaciones y eres capaz de aprender todos los oficios. Y no de cualquier modo—añadió tomando en sus manos la babucha que Sacaljok cosía—pues difícilmente podría ponerse defecto a esta babucha que pocos maestros harían mejor. Claro que entre estos pocos tengo el orgullo de contarme yo.

Un poco molesto, contestó el orgulloso Sacaljok:

—La persona de verdadero talento, aprende más en una semana, que la de poco seso en meses y aun en años.

Sabiendo que en cuestiones de zapatería el nuevo sultán no admitía discusión, Codabad, que iba a su lado, interrumpió la polémica para advertir que se hacía tarde para ir a la mezquita. El sultán asintió:

—Es verdad—dijo—además de que si continúo más tiempo aquí, sería yo capaz de sen-

tarme en ese taburete, y demostrar a mi hermano cuánto le falta todavía para poder competir conmigo en el arte en que ya cree ser maestro. Sin embargo, me causa gran placer observar que mi hermano, aunque no maneje todavía la lezna como yo, es hombre de talento y puede estar orgulloso de su trabajo.

Se despidió Asbeas muy satisfecho de aquel lugar donde tanto había sufrido y gozado, y durante todo el tiempo que estuvo en la mezquita, una idea que le llenaba de gozo, apenas si le dejaba sosegar. Al volver a palacio, dió orden de que inmediatamente se le devolvieran a su hermano su casa y su fortuna nombrándole de nuevo joyero del rey, con doble paga de la que había disfrutado durante el reinado del sultán anterior.

Al saber que sus órdenes habían sido ejecutadas, y que Sacaljok se tenía por completamente feliz, Asbeas volvió a sentirse tan gozoso como nunca en su vida lo había estado, y para celebrar el gran acotecimiento decidió comunicar a Codabad la historia de la llave misteriosa que le había transformado de zapatero en rey.

Punto por punto le contó los hechos como habían ocurrido y concluyó diciendo:

—A falta de heredero, pues nunca he de casarme quiero que tú seas mi sucesor. Por eso te he contado la historia y voy a enseñarte el lugar donde tengo guardada la llave, por si un día muriese repentinamente, que tú la tomes y obres según la inspiración de Alá.

Se levantó del trono, quitó el almohadón que cubría el asiento, y enseñó a Codabad un secreto que había allí debajo y que abrió. Allí estaba la llave, que el zapatero rey enseñó a su gran visir diciéndole:

—No la toco, pues es su poder tan grande, que instantáneamente me llevaría al interior de la montaña de hierro donde me rodearían los guerreros armados. Ahora tengo en ti confianza suficiente para estar seguro de que sabrás guardar el secreto que acabo de comunicarte.

Cerró el escondrijo, colocó el almohadón en su sitio y se despidió del joven.

Este, sumamente agitado, se retiró a sus habitacones, y era tanta su turbación, que su esposa no pudo por menos de comprender que



algo extraordinario le sucedía. Codabad la tranquilizó diciéndole que, por el contrario, el rey le había llamado hijo suyo, comunicándole su deseo de nombrarle su heredero y sucesor.

Gulgín fingió tranquilizarse, pero no dejó de observar que el sueño de su esposo era agitado y con frecuentes sobresaltos. Asimismo observó al día siguiente, que Codabad estaba distraído y pensativo, y que alguna vez se olvidaba hasta de las pequeñas atenciones que con ella solía tener.

Curiosa por mujer y por enamorada, Gulgín sospechó que su esposo le ocultaba algún secreto y no paró hasta conseguir que se lo revelara. Su asombro al saberlo fué inmenso, y no pasó ya día sin que los dos esposos hablaran de la llave de oro, de la montaña de hierro, de los guerreros armados de acero y de la muerte prodigiosa del zapatero rey. En otras ocasiones se ocupaban de hacer proyectos para cuando Codabad fuera sultán, y tanto y tanto se recrearon en estas conversaciones, que Gulgín empezó a manifestar vivísimos deseos de ver la llave mágica, en lo que no po-

día haber ningún mal, ya que un día u otro había de ser de su esposo.

El se mostró durante largo tiempo sordo a sus ruegos, siendo aquello lo único que le enojaba de su mujer. Pero con esto la curiosidad de la esposa se acrecentaba, hasta que un día...

* * *

Queda dicho ya que Sacaljok sentíase completamente feliz al ser reintegrado a su casa y a su cargo de joyero del rey. Para celebrar tal acontecimiento, dió en su palacio una fiesta magnífica, a la cual prometió Asbeas concurrir. Los vastos salones y el jardín frondoso del palacio del joyero, deslumbraban aquel día de luz. En suelos y paredes ostentábanse preciosos tapices, perfumes embriagadores embalsamaban el aire, y danzarinas seductoras trenzaban bailes deliciosos mientras cantores de gran fama elevaban su magnífica voz.

Sacaljok, seguido de los cinco tíos de Gulgín, salió a recibir a su hermano el sultán, y le habló así:

—En verdad no sé cómo saludar al sultán nuestro señor, al verle en esta su casa siendo

como es su deseo no escuchar frases rimbombantes ni aduladoras.

Sonriendo de buena gana, el sultán contestó:

—El saludo que más me gustaría oír de tu boca, sería éste: «Bienvenido seas, querido hermano, a esta casa que te has dignado devolverme».

Repitió Sacaljok estas palabras y luego añadió en voz baja:

—Veo hermano, que has aprendido tú más pronto el oficio de rey, que yo el de zapatero.

Asbeas se echó a reír de nuevo y siguió a su hermano mayor, que quería mostrarle los espléndidos salones y el bello jardín. Por último se dirigieron todos a la magnífica sala donde estaba preparado opíparo banquete. En platos y fuentes de plata maciza, en vasos de precioso cristal, hallábanse los más exquisitos manjares y los más ricos vinos. Los acordes de música dulcísima llenaban el aire, las conversaciones eran cordiales y animadas. Todos se mostraban alegres y satisfechos. Llegaba el convite a los postres, cuando un esclavo anunció a Codabad que un anciano aguardaba el

honor de dar un recado al rey. Hizo el rey que entrase el anciano, que no era otro que el viejo Ibrahim, quien después de postrarse ante el rey, dijo a éste que el recado que tenía que darle era secreto. Pasó Asbeas a una estancia inmediata acompañado de Ibrahim, y éste le habló del siguiente modo:

—Señor: sé que conoces la historia de Codabad, tu gran visir. En estos momentos está muriéndose la vieja esclava que le recogió recién nacido, salvándole de una muerte segura. Los momentos de vida de esa pobre mujer están contados, y su más vivo deseo es que vayas a verla, acompañado sólo por mí y por los hombres que lleven tu litera, pues ha de comunicarte un secreto importantísimo relativo a Codabad. Suplica también que éste no te acompañe ni sepa nada, ni aun siquiera adónde vamos.

—Tratándose de mi mejor amigo, y de la buena mujer que le salvó de la muerte, no puedo por menos de acceder a su ruego. Vamos—dijo el Sultán.

Despidióse Asbeas precipitadamente de su hermano y de los comensales y dijo a Coda-

bad que un asunto importante requería su presencia lejos de allí, y que era su deseo que él permaneciese en la fiesta y fuera a encontrarle más tarde, a su regreso, a palacio. Y se fué ocompañado sólo de Ibrahim. Era esta la primera vez que el sultán se alejaba sin ir acompañado de su gran visir ni darle cuenta del lugar adonde iba. Tanta consternación y tanta pena le causó este hecho, que no pudo parar más en la fiesta y se marchó a palacio. Al contar a su esposa lo sucedido, Gulgín dijo:

—Desde siempre ha sido inconstante el favor de los reyes. Quién sabe si éste será el primer paso del desvío de Asbeas; quién sabe si tendremos que marcharnos de palacio, sin que me hayas dado el gusto de enseñarme la llave misteriosa.

Codabad permaneció mudo y malhumorado; astuta Gulgín repetía sus insinuaciones hasta que al fin llegó a decir:

—Bien es verdad que ¿para qué molestarte tanto, si el rey de fijo lleva consigo siempre la llave al salir de palacio?

Codabad al oír estas palabras se puso en pie de un salto.

—Eso es imposible. Sería una prueba de desconfianza hacia mí, que soy el único que conozco el secreto. El rey no es capaz de eso.

—Si ahora mismo no te ha juzgado digno de decirte adónde ha ido, ¿por qué no ha de llevarse la llave cuando se ausenta de palacio?—dijo Gulgín.

—No creo al sultán capaz de tanta falsedad—dijo Codabad muy agitado—. De todos modos no tendré reposo hasta que mis ojos vean que no estoy equivocado.

Tomó una luz y se dirigió al salón del trono que estaba a la sazón desierto. Su esposa le seguía. Ya al pie del trono, Codabad levantó el almohadón, abrió el secreto, vió la llave... Y ya la tenía cogida su mujer.

Rápido como el rayo, Codabad dejó la lámpara en el suelo y se lanzó a quitar a su esposa la llave que empuñaba. Pero ella, dominada ya por la fuerza mágica, atravesaba las salas de palacio como hoja seca que arrebatara el viento.

—¡Infeliz de mí! ¡Me arrastra, me lleva!
¡No sé qué me sucede!

Su marido corrió tras de ella y la pudo alcan-



zar. Le cogió la mano y la llave los arrebató a los dos arrastrándoles un buen trecho. Al fin pudo quitarle la llave de la mano y entonces la mujer quedó súbitamente detenida, mientras su marido en vertiginosa carrera seguía el camino de la maravillosa montaña de hierro.

Medrosa y arrepentida, Gulgín quedó un momento como de piedra, mas luego, al verse en plena noche, en sitio extraño y sola, echó a correr velozmente y llegó al palacio y se encerró en su habitación.

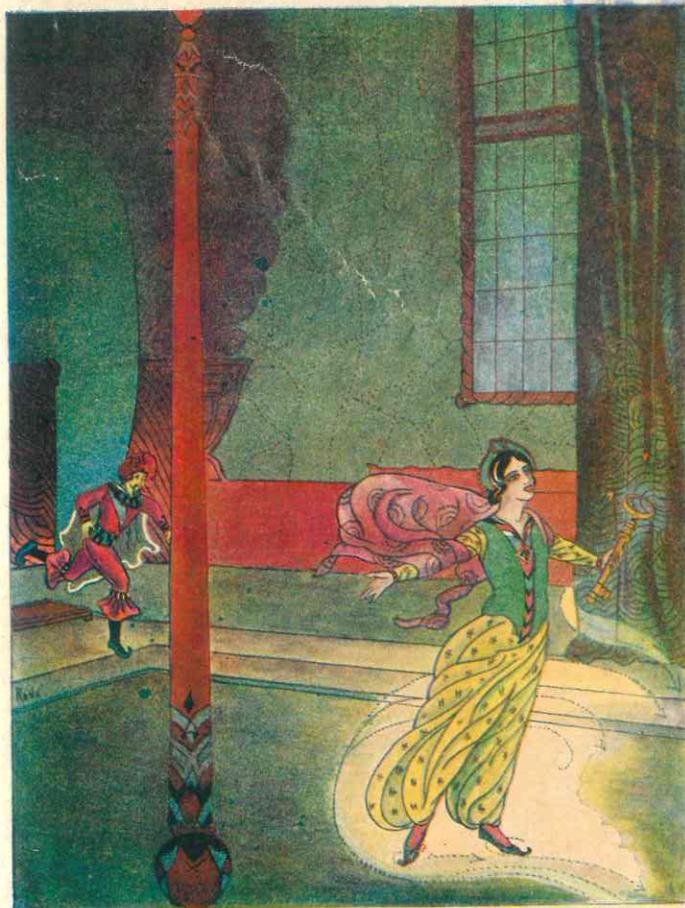
* * *

En tanto Asbeas, acompañado por el viejo Ibrahím, llegaba a la mísera morada en que yacía la esclava moribunda. Al verle junto a su lecho, la mujer, reuniendo sus últimas fuerzas, habló así:

—Sólo me quedan unos pocos momentos de vida. He de comunicaros por ello sin preámbulo alguno, el secreto que no debe bajar a la fosa conmigo.

—Estás dispensada. Sigue, buena mujer—dijo el sultán.

Y con voz muy débil, la esclava continuó:



—¡Infeliz de mí. ¡Me arrastra, me lleva.

Boten esto
a la basura
no sirve ni para
hacer de coque.



—El sultán que os precedió en el trono fué un malvado, que hizo degollar al rey anterior, a todas sus mujeres y a sus hijos para que no quedara rastro ninguno de su raza. Alá quiso no obstante, que quedara un infante, sano y robusto, nacido de la sultana favorita, pocos días antes de ocurrir aquel horror. Cuando los soldados del usurpador invadieron el harén y las mujeres se vieron ya perdidas, la infeliz sultana me dió el niño para que yo tratase de salvarlo. Conseguí salir con mi preciosa carga hasta el jardín, y más tarde huir del palacio. Llevé al niño a casa de un hombre rico y bondadoso que no tenía hijos y le dije que lo había encontrado sobre un montón de paja, enteramente desnudo y rodeado de una camada de perros. Todo esto era mentira, pero yo antes de entrar en la casa desnudé a la criatura para que no se la conociera por la ropa. Tengo ésta guardada desde entonces. lo mismo que un precioso brazaletes que la madre se quitó y me dió como recompensa de lo que iba a hacer para salvar a su hijo con peligro de mi vida. Debajo de la almohada hay un paquete en que están el brazaletes y la ropita. El hom-

bre rico y bueno que no tenía hijos, prohió al niño y le dió el nombre de Codabad, porque Dios se lo había enviado. Hace poco tiempo he sabido que Codabad es vuestro gran visir. Ahora que he contado mi secreto, puedo morir tranquila.

Conmovidísimo Asbeas, tomó el paquete de debajo de la almohada, examinó la ropa y brazaletes y exclamó levantando los ojos al cielo lleno de gozo:

—¡Alá es sabio en sus designios! No hay duda de que Codabad es el heredero legítimo de este reino.

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras cuando se oyó un estrépito espantoso. La vieja esclava agonizante, se incorporó un momento para gritar:

—¡Es el martillo de hierro que golpea la campana misteriosa! ¡Alá nos proteja! — Diciendo esto expiró.

El viejo Ibrahim se acercó al lecho, cerró los ojos de la muerta, cubrió su cuerpo con una sábana y dijo al rey:

—Corramos a palacio, señor. pues, sin duda, ha ocurrido algo grave.

Al entrar en la ciudad, advirtieron un movimiento desusado. Las calles se llenaban de grupos de gente y por todas partes reinaba el alboroto y la confusión. Preguntó el sultán a Ibrahim qué sucedía y el anciano le contestó que, sin duda, todo aquello era efecto de la tremenda campanada del mazo de hierro, que solía anunciar un suceso extraordinario, generalmente un cambio de soberano.

—¡Olajá sea así!—dijo Asbeas—. Ojalá venga un rey mejor que yo, que he nacido para zapatero y no para rey, y entiendo mejor de mi oficio que de gobernar un Estado.

En palacio también lo encontraron todo revuelto y trastornado. En el salón del trono se hallaban reunidos todos los altos dignatarios de la corte, los jefes del ejército, los letrados y astrólogos. Asbeas atravesó seguido de Ibrahim por entre la multitud. Antes de que se sentara en el trono, el anciano le detuvo para decirle:

—Poderoso señor: el rey legítimo de este país, a quien tu predecesor asesinó, era un hombre virtuoso y sabio. En ocasión en que un enemigo poderoso amenazaba al país con

la guerra. un genio sobrenatural le dió una llave de oro diciéndole que siempre que necesitara un poderoso ejército, lo pidiera con la llave en la mano, que en seguida tendría a sus órdenes soldados invencibles. Una vez pasó el peligro, temió el rey que la llave se extraviara y fuera a dar en manos indignas de poseer poder tan grande. Aprovechando la ocasión de que había que colocar en el bazar una pasadera, eligió una piedra muy larga y pesada para que nadie pudiese arrancarla fácilmente, y colocó en el fondo del hoyo, disimuladamente, la llave de oro, seguro de que en caso necesario tendría tiempo de sacar la piedra y tomar la llave para defenderse. Se engañó, por desgracia, pues un traidor le sorprendió en su palacio y le exterminó con toda su familia, salvándose únicamente por milagro su hijo Codabad. Sin duda apiadado aquel mismo genio de las desdichas de nuestro pueblo, obró el prodigio de hacerte encontrar la llave misteriosa.

Lo primero que hizo Asbeas apenas terminó Ibrahim su discurso, fué rogar que se buscara por todas partes a Codabad, su gran visir. Pero Codabad no aparecía por parte alguna, y

no había terminado aún las pesquisas, cuando el soldado que hacía la guardia a las puertas de la ciudad, llegó para avisar que de la parte de la montaña de hierro se acercaba un poderoso ejército.

—¡Ojalá sea Codabad, el heredero legítimo del trono que ocupó, quien se siente en él como merece!

Aunque el rey pronunció estas palabras en voz alta y clara, nadie pudo comprender su sentido.

En aquel momento, sin hacerse anunciar siquiera, entró Codabad en el salón, se dirigió al trono, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y entregó al rey la llave de oro diciendo:

—Tu esclavo, señor, se ha dejado seducir por su mujer y le ha enseñado esta llave que, una vez en sus manos, ha producido el mágico efecto. Perdóname, señor, y dispón del ejército de la montaña de hierro que viene tras de mí. Yo sólo quiero ser tu esclavo, y si obtengo tu perdón, cumpliré siempre con mi deber de ahora en adelante.

Asbeas se echó a reír, descendió del trono



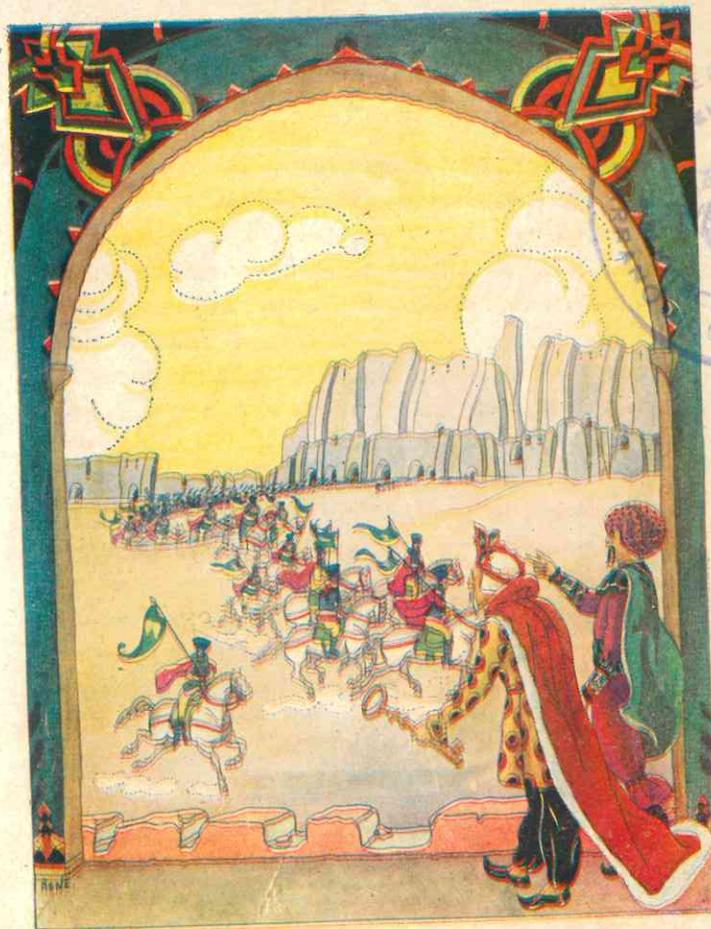
y obligó a Codabad a que se sentara en él, diciéndole:

—Este trono te pertenece, hijo mío. Alá, siempre justo, ha querido que sea yo, a quien tú salvaste, el que te lo devuelva. Ahora mismo acabo de saber que eres el único legítimo heredero del sultán, tu padre, asesinado por el tirano que me precedió en el reino y que creyó haber exterminado a toda tu familia, pues ignoraba que una esclava fiel te había salvado con peligro de su vida. Y si son precisas pruebas, conmigo tengo las que al morir me dió la vieja esclava.

Codabad, confuso y trastornado, abrió el paquete que el zapatero rey le tendía, miró un instante las ropitas infantiles que en él se encerraban y miró con curiosidad el brazaletes. En esto el anciano tesorero, venerable dignatario a quien no se había destituido de su cargo en los tres reinados sucesivos, se acercó exclamando:

—Conozco perfectamente esa joya, regalada por el sultán, mi primer señor, a su favorita, cuando se casó con ella.

Otro personaje admiraba también la joya



...y dispón del ejército de la montaña.

por encima del hombro de Codabad. Era éste el joyero Sacaljok, quien dijo:

—Yo fui precisamente el artífice que la ejecutó por orden del sultán asesinado.

Codabad, que no había querido sentarse en el trono hasta aquel momento, cayó en él medio desmayado. La campana mágica dejó oír entonces sus más dulces sonidos. Todos cuantos estaban presentes ofrendaron su homenaje al nuevo monarca que después salió al balcón y se mostró al pueblo siendo aclamado.

De cuantas riquezas ofreció Codabad al buen Asbeas, no quiso éste admitir ninguna. Lo único que se reservó, fué el cargo de zapatero de palacio, apresurándose a volver a su tienda del bazar, pues según manifestó en momentos tan críticos, nada deseaba tanto como demostrar a su hermano Sacaljok, lo mucho que todavía le faltaba para ser tan buen maestro de obra prima como él. Siéndolo, y querido y respetado por todos, murió—como todos los personajes de este cuento—a edad avanzadísima.



el que dice
es

IV

LA CACEROLA MÁGICA

(CUENTO BENGALÍ)

HACE tantos años que no pueden contarse, vivía en Bengala un pobre brahmán, tan pobre, que apenas si tenía con que dar de comer a su esposa y a sus cuatro hijos. Este hombre era fiel creyente, y aunque su situación era muy precaria, no desesperaba por ello y oraba frecuentemente a los dioses de su religión. La divinidad a quien tenía más respeto, era Durga, esposa de Siva, el supremo dios. Y aun cuentan que la devoción del brahmán por Durga era tan grande, que no dejaba transcurrir un solo día, sin haber escrito por lo menos mil veces el nombre de Durga con tinta encarnada.

Cuando veía que la mísera comida no lle-

gaba para todos, dejaba a su esposa y a sus hijos alimentándose, y él se retiraba a una habitación inmediata donde con el corazón desgarrado, sollozando y llorando a lágrima viva, suplicaba a los dioses que ya que le habían dado esposa e hijos, le otorgaran también con qué mantenerlos.

Y dicen que cierto día, paseando el dios Siva con la diosa Durga por sobre las nubes, vió ella al pobre brahmán en la tierra, gimiendo y llorando de dolor, y apiadada de él habló así a su esposo:

—Mira, Siva, aquel hombre piadoso que tiene siempre mi nombre en sus labios y apiadate de él. Puesto que se queja de no tener con qué alimentar a sus hijos, enviémosle una cacerola de nuestra cocina prodigiosa, y ya no padecerán nunca hambre, ni él ni los suyos.

Accedió Siva a lo que le pedía su esposa, y la diosa Durga, con la cacerola prodigiosa en la mano, se presentó al devoto brahmán y le habló así:

—Me han conmovido tus quejas, buen hombre, y para que no puedas pasar nunca hambre, te entrego esta cacerola. Siempre que

Bengalí

quieras comer o dar de comer a los tuyos, no tienes sino volverla boca abajo y sacudirla para que de ella caigan tantas tortas de arroz como desees, hasta que la vuelvas otra vez hacia arriba. No sólo puedes hartarte de este manjar a tu placer, sino que puedes vender las tortas que te sobren, pues mientras tengas la cacerola boca abajo y la sacudas, irán saliendo tortas abundantes. Mas no tortas vulgares de las que coméis los mortales, sino un alimento riquísimo, del que se sustentan los dioses.

El buen hombre no sabía lo que le pasaba, se inclinaba a besar el suelo y apenas podía pronunciar una palabra de agradecimiento. Cuando levantó la cabeza, vió que la diosa había desaparecido. Tomó entonces la cacerola y se dirigió a dar a los suyos la buena noticia, pues aquel día su desesperación le había llevado a gemir y llorar en una pradera bastante apartada de su casa. Corría mucho y estaba muy débil; el hambre le obligó entonces a detenerse.

—¿Por qué he de padecer hambre teniendo en mis manos la cacerola prodigiosa que nunca se cansa de dar tortas?—se dijo.

Contempló un momento la cacerola, que no era sino un cazo de barro cocido con tres pies y todo de una pieza, tal como los usa el pueblo de la India. Después de contemplarla atentamente, la sacudió no sin cierto temor, y al instante comenzó a caer de la cacerola una verdadera lluvia de tortas deliciosas, cuyo solo aroma era ya una bendición del cielo. El buen hombre comió cuantas quiso y se apresuró a volver la cacerola boca arriba. Después dió gracias al cielo, recogió las tortas sobrantes y continuó andando.

Pero sucedió que había ido mucho más lejos de lo que pensaba, y antes de llegar a su casa le sorprendió la noche en el camino. Temeroso de que le robaran su tesoro, entró en una posada, y al irse a dormir tuvo la imprudencia de dar a guardar al posadero la cacerola, encargándole mucho que la cuidara y no la dejase tocar por nadie.

Apenas el buen hombre se acostó, cuando el posadero dijo a su mujer:

—¡Vaya una recomendación estúpida! No veo que una cacerola tan ordinaria y fea necesite de tanta custodia.

Pero al dar vueltas y más vueltas a la cacerola para descubrir lo que pudiera haber de precioso en ella, empezaron a caer de la misma tortas y más tortas de arroz de riquísimo aroma y sabor celestial. Al principio se asustaron y en poco estuvo que no dejaran caer la cacerola maravillosa al suelo, mas reponiéndose a tiempo, empezaron a comer tortas hasta no poder más. Después volvieron a probar la magia de la cacerola, sacudiéndola fuertemente y otra vez volvieron a caer tortas y más tortas. Comprendieron entonces el pícaro posadero y su esposa, que aquella cacerola de apariencia tan humilde, tenía una mágica virtud de inapreciable valor. Por lo cual resolvieron quedarse con ella, poniendo en su lugar una de su cocina que era exactamente igual. En cuanto a las tortas sobrantes, las encerraron a buen recaudo en su despensa.

Cuando regresó el brahmán, tomó la cacerola sin advertir el cambio y echó a andar camino de su pueblo. Parecíale que nunca llegaba a él, tanto era su deseo de relatar el prodigio a su familia, y de proporcionarles una magnífica y abundante comida.

Al fin llegó al pueblo, entró en su casa, y casi sin aliento, contó a los suyos su encuentro con Durga y el don que la diosa le otorgara. Inmediatamente tomó la cacerola y empezó a sacudirla con violencia, mas sin que cayera de ella ni un solo grano de arroz. Estupefacto y desconsolado, apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos, y su dolor no tenía fin al verse él burlado y su familia hambrienta. Una honda tristeza se retrataba también en los rostros de sus hijos y de su esposa, por lo que hizo de nuevo la prueba de sacudir la cacerola tres o cuatro veces más, pero todo fué inútil. Entonces, no pudiendo creer en una burla de la diosa, el pobre brahmán dijo súbitamente:

—Sin duda todo esto es culpa del posadero.

Tomó la cacerola de nuevo y salió de su casa y echó a correr fuera del pueblo como alma que llevan los diablos.

Su esposa creyó que el buen hombre se había vuelto loco, y comenzó a llorar y a lamentarse, lo mismo que sus hijos. A sus lamentos acudieron los vecinos, que trataron de conso-

les lo mejor que supieron, y les proporcionaron algún alimento por aquel día.

Cuando el buen hombre llegó a la posada, y con grandes voces y denuestos pidió al posadero su cacerola, el dueño de la casa le trató también de loco, y le amenazó con darle una paliza, sino se marchaba de allí inmediatamente. El desgraciado se marchó yendo a refugiarse en la selva, y al llegar al sitio donde se le había aparecido Durga, se arrojó al suelo y contó su desgracia a su divina protectora. La diosa apareció de nuevo en el mismo lugar con otra cacerola en la mano y le dijo:

—¿De modo que te has dejado robar la cacerola? Toma esta otra y procura hacer de ella mejor uso que hiciste de la anterior.

El brahmán tomó el cazo que la diosa le tendía y Durga desapareció de su vista en el acto. De nuevo hambriento, el brahmán sacudió el cacharro, mas en vez de tortas, ¡horror de horrores!, salió de él una enorme legión de monstruos grandes y pequeños, que llenaron el aire cual enjambre de abejas, y se arrojaron sobre el infeliz y le mordieron, punzaron y arañaron con tal furia, que apenas si le daban

tiempo de volver la cacerola del revés. Apenas pudo hacerlo, desaparecieron instantáneamente sus fieros enemigos. Muy triste y con gran cuidado de no volver la cacerola del revés, el pobre hombre fué a lavarse las heridas en un arroyuelo cercano. Muy decorazonado y suponiendo imposible que la diosa se hubiera burlado de un ferviente devoto como él, emprendió el camino hacia su casa.

Al pasar por delante de la posada, acudió una idea a su mente, y recordando las palabras de la diosa, comprendió que ésta no sólo no se había burlado de él, sino que le había dado un arma poderosa de venganza y de reparación. Entró, pues, en la posada y habló así al posadero:

—Perdonadme si antes os ofendí. Reconozco que en efecto ésta es mi cacerola. Guardadla mientras duermo y tened mucho cuidado de que no me la roben.

Y dicho esto, se fué a dormir.

Apenas supusieron que estaba dormido, el posadero y su mujer cuchichearon:

—¿Habrás visto estúpido? Esa cacerola que trae no es ciertamente la nuestra. Y cuan-



do tanto encarga que no se la roben, es prueba de que acaso van cosas mejores que simples tortas. Reunamos cuantas canastas, cestos y vasijas hay en la casa, para llenarlas con lo que este cacharro nos otorgue.

No pudo la mujer cumplir la orden de su marido, pues apenas éste comenzó a sacudir la cacerola, empezó también a lanzar agudos gritos de dolor. Una nube de monstruos infernales le rodeaba atormentándole con furia y sin dejarle tiempo de defenderse.

El brahmán, que no estaba dormido, oyó los gritos, acudió corriendo y quitando el cazo de manos del infame posadero, lo sacudía mientras decía estas palabras:

—En cuanto me devuelvas mi primera cacerola haré desaparecer a los que te atormentan.

—¡ Los diablos te lleven a ti y a tus cacerolas! —dijo el posadero—. Ve, mujer, y trae la cacerola primera, que a mí no me dejan dar un paso estos malditos.

En efecto, la mujer, defendiéndose como pudo de los monstruos, fué a buscar la primera cacerola y la puso en manos del brahmán.

Inmediatamente éste volvió la segunda cacerola del otro lado y los monstruos desaparecieron. Sacudió la cacerola del buen prodigio para convencerse de que era la suya verdadera y recogiendo en su túnica las tortas calientes y riquísimas que de ella salían, se marchó de la posada dejando al posadero y a su mujer aullando todavía de dolor.

Salvó la distancia que le separaba del pueblo y de su casa. Penetró en ésta y oyó a su mujer y a sus hijos lamentarse y llorar rodeados de los vecinos que les prodigaban sus consuelos.

—¡ Oh, Durga! —decía la infeliz esposa—. ¿En qué te hemos ofendido ni yo ni estas inocentes criaturas para que así hayan hecho perder el juicio a mi esposo? ¡ Ya no volverá más! y no sabemos cuál ha sido su suerte ni tendremos quién busque pan para estos desgraciados.

En esto la voz robusta del brahmán, gritó desde la puerta:

—¡ Viva Durga y sus dones! ¡ Se acabaron las penas, la aflicción y la miseria! Comed,

comed todos, que por mucho que comáis no acabaréis las provisiones.

Y todos comieron en la mayor alegría de las tortas maravillosas, y al día siguiente las ricas tortas, y la fama se extendió también a las poblaciones vecinas y a todo el país y hasta a los países extranjeros. Y tantas tortas llegó a vender el buen brahmán, que en poquísimo tiempo llegó a ser el hombre más rico de toda la comarca.

Otro hombre poderoso existía en el país, y su nombre era Zemindar. Envidioso de la prosperidad del brahmán, decidió arruinarle, y cierto día dió una gran fiesta y suplicó al buen hombre que pasara por su casa con la famosa cacerola, para poder servir a sus huéspedes las deliciosas tortas que nunca se acababan. No sin haber escrito antes mil veces con tinta encarnada el nombre de Durga, como tenía por costumbre, el brahmán fué a casa del poderoso.

Apenas entró en ella, cuando Zemindar y sus criados se arrojaron sobre él, le quitaron la cacerola y le apalearon con crueldad feroz. En cuanto pudo escabullirse, el brahmán echó a correr sin detenerse hasta su casa, cogió la

cacerola de los monstruos y regresó a casa de Zemindar, donde nadie le esperaba, y por ello pudo introducirse, sin ser visto y colocarse detrás del poderoso entre la multitud de los invitados. Entonces volvió la cacerola infernal boca abajo, y la sacudió con todas sus fuerzas. Al instante se llenó la sala y la casa entera de monstruos infernales, que arañaron, mordieron, pellizcaron y tiraron de los cabellos a hombres y a mujeres, y destrozaron todos los vestidos, dando lugar a una espantosa gritería.

Entonces el brahmán pidió al dueño de la casa su benéfica cacerola de las tortas.

El poderoso le suplicó de rodillas una tregua para poder llegar al escondrijo donde la había ocultado y prometió en adelante respetarle a él y a su familia como seres predilectos de Durga.

Y así el devoto brahmán recuperó su cacerola y jamás nadie en el país se atrevió a faltarle al respeto a él ni a los suyos.

Este libro debe ser devuelto a más tardar, en la
fecha de vencimiento indicada a continuación.

1464

REPÚBLICA DE
COSTA RICA

#1464

808.3
M67

Morales, María Luz.
Leyendas de Oriente.
=s.f.=

1464

1464

15
106

00334

